8159

La Paloma torcaz

8

LA PALOMA TORCAZ.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lapalomatorcazdr3418mart

LA PALOMA TORCAZ,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

Representado con extraordinario aplauso, en el teatro de Variedades, la noche del 6 de Diciembre de 1860.

Julio Verdier

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

AL SEÑOR

D. Manuel Maria Febrer de la Torre,

CORONEL DE CABALLERIA, GENTILHOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO, OFICIAL MAYOR DE LA SECCION DE GUERRA Y MARINA DEL CONSEJO DE ESTADO, ETC. ETC.

V. me ha hecho partícipe del cariño entrañable que profesa á sus hijos, indemnizándome así de las muchas amarguras que he sufrido: por eso uno su nombre de V. á mi primera obra dramática, aplaudida por el público de buena fé con un entusiasmo, indudablemente, superior á su mérito.

Sirvan, pues, estas líneas para estrechar mas, si es posible, una amistad tan grata á mi corazon.

Fernando Martinez Pedrosa.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA.....	SRAS. DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
JOSEFINA.....	DOÑA ROSA TENORIO.
DON LUIS.....	SRES. D. JUAN LOPEZ BENETTI.
EL VIZCONDE.....	D. VICTORINO TAMAYO.
FABIAN.....	D. JOAQUIN ARJONA.
LORENZO.....	D. ENRIQUE MARTINEZ.

La accion en Madrid, en casa de D. Luis.

J. Verdier

ACTO PRIMERO.

Sala lujosamente amueblada; mesa con reloj, candelabros, colgaduras, etc.; á un lado un velador con varios papeles y servicio de escribir.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, el VIZCONDE.

VIZC. (Entrando.)
¿Pero dónde anda esta gente?
Buenos dias, perillan.
LOR. ¡Señorito!
VIZC. Si, héme aqui
de vuelta de la ciudad
del Cid... ¿Dónde está tu amo?
LOR. Aun levantado no está;
mas ya se hallaba despierto,
y no debe de tardar
en salir... Siéntese usted.
VIZC. Que me place: ¿y cómo vá?
Vaya, ya que hoy he tenido
la virtud de madrugar,
porque he pasado la noche
en una cama... *dansant*,
me arrellano en un sillon

para que de pé á pá,
hasta que tu amo amanezca,
me cuentes con brevedad
todo lo que haya pasado
en mi ausencia por acá.
Hoy me instalo en esta casa,
pues con Luis tengo que hablar
de diferentes asuntos
de la mayor entidad.

LOR. ¡Vaya con el señorito!
tan corriente y tan cabal
como siempre: ¡qué alegria
á mi señor le vá á dar
al verle á usted!

VIZC. ¿Y Teresa?

LOR. ¿El ama? sin novedad:
lleva una vida de reina,
cual nunca pudo esperar:
dormir bien, comer mejor,
gastar lujo por demas,
pasear en carretela,
por las noches ir al *Real*,
hacer cuatro garatusas
al amo, que es un buen Juan,
y que se le cae la baba
contemplando á su mitad:
asi está guapa, y engorda,
y pare usted de contar.

VIZC. ¿Con que te sigue gustando
Teresita como allá
en los tiempos en que tú?...

LOR. Quién habia de pensar
que una muchacha cualquiera,
una fulana de tal,
en lo mejor de su vida
y sin poderlo ganar,
pues que no hallaba acomodo
ni por un cacho de pan,
de la noche á la mañana
subiera, sin mas ni mas,
de la clase de sirvienta
á señora principal,

millonaria y... crea usted!...

VIZ. Caro Lorenzo, ahí verás
lo que puede la fortuna,
diosa tan original,
que es del último que llega,
si no la viene á buscar.
Tu ama, al fin, como es hermosa,
que la mime es natural.
Luis la vió, se enamoró
el pobre como un gañan,
volvió á la edad de los ímpetus,
la subió á su pedestal...

LOR. Pues, y mientras nos quedamos
suspirando los demas...

VIZC. Con una racion de hambre
y otra de necesidad.

LOR. Pues, señor, eso no es justo:
yo no puedo tolerar
que mientras que yo... él, la quise...
y ahora... usted me entenderá...

VIZC. ¿Pero ella te hacia caso?

LOR. ¿Ella quererme? jamás:
me dijo que no cien veces.

VIZC. Pues no te puedes quejar...
ademas tú me ofreciste
no hace mucho tu amistad
y tu apoyo... En fin, Lorenzo,
yo te prometo vengar
tus ofensas; me parece
que no puedes pedir mas:
célala, busca ocasiones
en que yo la pueda hablar;
dispónme bien el terreno,
sírveme con lealtad,
y como te portes bien
tú el premio recibirás.
Mañana intentas casarte
con otra, y es natural
que quieras contar con algo
para poderlo pasar;
pues bien, yo te doy cien duros
si te asocias á mi plan.

LOR. (¡Cien duros y mi venganza!)
Soy de usted sin vacilar. (Con alegria.)
VIZC. ¡Corriente, sigo el ataque!... (Levantándose.)
LOR. No haya cuartel ni piedad.
VIZC. (Soy cruel... él es mi amigo, (Pensativo.)
y ella es buena!... Pero ¡bah!
pecadillo mas ó menos.)
No dejes de vigilar;
yo me hago fuerte en la brecha,
y si la ocasion... ¿estás?
me avisas, y...
LOR. Comprendido;
vale usted un dineral:
eso se llama trastienda
y aquel para enamorar.
VIZC Oye, si de viva voz
no hallara facilidad
de marearla, la escribo;
tú la carta entregarás,
pido una cita picando
su pueril curiosidad,
y como acceda...
LOR. ¡Silencio!
el amo viene hácia acá.
VIZC. Sal, que juntos no nos vea. (Váse Lorenzo.)
Pues señor, no hay que cejar;
es muy guapa, él un pobrete:
bien empleado le está.

ESCENA II.

EI VIZCONDE, D. LUIS.

LUIS. Calla, ¿eres tú, viajero?
Tú te vas y tú te vienes,
y sin escribir dos letras,
de pronto te haces presente...
¡Caramba, y has engordado!
VIZC. Luisillo, ¡qué cosas tienes!
¿Veinte dias en Valencia
que me trasformen pretendes?
LUIS. ¿Habrás llegado?...

VIZC. En el tren
esta mañana á las siete.
LUIS. ¿Y te apresuras?...
VIZC. ¿Pues no?
Llegar y venir á verte
ha sido uno...
LUIS. Bien hecho;
tú siempre el mismo...
VIZC. ¿Qué quieres?
Yo no sé vivir sin tí:
somos *Pílades* y *Orestes;*
y luego, cuando hay negocios
tan árduos como el presente...
LUIS. Bien; ¿aquel hombre se niega,
ó al fin los terrenos cede?
VIZC. Se hizo de rogar al pronto,
mas por último se aviene
á que firmeis la escritura,
depositando, tú, en treses,
en la caja de depósitos,
la suma que al año vence.
LUIS. ¿Y nada mas?
VIZC. Nada mas;
el trato cerrado es ese.
LUIS. Vizconde, tú eres un sabio. (Con satisfaccion.)
VIZC. No, señor; soy un agente
que en asuntos de esta monta
no suele comprometerse
para no salir airoso...
(Me embolso tres mil duretes
y vamos viviendo.)
LUIS. Amigo,
está visto que lo entiendes;
con empresas como esta
crecerán los intereses:
escribiremos hoy mismo
á don Hilarion Torrente
remitiéndole las letras.
VIZC. Oportuno me parece.
LUIS. Vaya, hablemos de otra cosa,
ya que me has puesto al corriente...
VIZC. Advierto que son las once,

y Teresa...

LUIS. ¿Verla quieres?
Llamaré...

VIZC. De ningun modo;
no quiero que se moleste;
ya he preguntado por ella...

LUIS. Chico, mi fortuna crece,
mas te juro, á fé de Luis,
que si por ella no fuese
no acertaria á gozar
los halagos de la suerte.
En medio de mis angustias
he sonreido mil veces
con la ventura que el cielo
se ha servido concederme,
enlazándome á ese ángel
que le pido me conserve.

VIZC. (Como le dé por ahí,
haré por no enternecerme.)

LUIS. Tú que conoces la historia
de mis pasados reveses,
las lágrimas y el trabajo
con que he fundado mis bienes,
comprenderás lo infinito
del placer que me suspende,
disfrutando las delicias
que sus virtudes me ofrecen.
Aun á mi Teresa veo
sencilla, ignorada, débil,
como el dia en que la ví
por la vez primera, hiriéndome
el rayo que de sus ojos
se escapó furtivamente:
criada era de una casa
donde pasé dias breves,
en Bilbao, y nunca olvido
el tratamiento excelente
que recibí estando enfermo:
aquellas honradas gentes
cultivaban la virtud
candorosa y sin afeites,
haciendo *anti-filantrópicas*,

el bien, sin envanecerse.

VIZC. (Irónicamente.)
Eso, igual sucede aquí.

LUIS. ¿En Madrid? Exactamente;
pues bien, en aquella tierra
ajena á nnestro palenque,
en el cual rompen los hombres
lanzas por causas estériles;
vi á Teresa y conocí
sus bondades eminentes;
sufria la pobre niña
los rigores de la suerte,
mientras ganaba el sustento
con el sudor de su frente;
sin padres que la amparasen,
ni deudos que la acogiesen;
sus miserables ahorros
compartia, con deleite,
con dos huérfanos menores,
que sin su apoyo clemente,
víctimas hubieran sido
de la miseria y la muerte.
¿Y alma tan pura, Vizconde,
no merecia el presente
que la he deparado? Si,
venturoso el que comprende
del corazon las grandezas,
sus emanaciones siente,
y alza un altar en su pecho,
y en holocausto le ofrece
de las míseras pasiones
que nuestros instintos tuercen!

VIZC. Vaya, corta tu sermon,
que es muy justo que yo almuerce,
pues desde anoche, en mi estómago
no ha entrado nada caliente.

LUIS. Hombre, ¿por qué no lo has dicho?
bueno es que te refrigeres,
(Llama á la campanilla.)
y siento no acompañarte,
pero almuerzo con Jimenez
y compañia... de Méjico,

para tratar de unos fletes
que hemos de cargar á medias;
(Sale Lorenzo.)
díle al criado qué quieres
tomar.

VIZC. Que me den café
con tostadas...

LUIS. ¿Solamente?

VIZC. No, despues un par de huevos,
y luego fruta y pasteles.
(Lorenzo vá á salir, y le detiene el Vizconde
Que me lo sirvan ahí,
en el comedor... ¿entiendes?

LOR. Sí, señor. (Sale.)

LUIS. Qué original
para las comidas eres...
antes café, luego frutas.

VIZC. Primero las cosas fuertes,
cobro vigor, y despues
que venga lo que viniere.

LUIS. Ah, no te he dicho una nueva,
que de fijo te sorprende.

VIZC. ¿Qué ocurre?

LUIS. Hoy por la mañana
abro mis puertas á un huesped.

VIZC. Hombre, ¿qué es lo que me cuentas?

LUIS. Teresa su empeño fuerte
me mostró tres dias hace,
para que á casa trajese
á una pobre señorita,
á cuya madre ella debe
su educacion, y un apoyo
que hoy á su hija pagar quiere:
una jóven desdichada
que no tiene alma viviente
que la socorra; y Teresa,
como es su hermara de leche
y la profesa cariño,
de mí ha logrado que acepte
una carga, siempre dulce
cuando se funda en deberes
de gratitud.

VIZC. ¡Vaya, vaya!
Luis, mira en lo que te metes,
pues en asuntos tan graves
hay que obrar prudentemente.
LUIS. He empeñado mi palabra
y ya no puedo volverme
atrás: ademas Teresa
me responde...
VIZC. Las mujeres
hacen las cosas sin tino,
y á la postre se arrepienten.
Mas ¿quién es esa muchácha?
LUIS. ¡Qué sé yo! Una ó dos veces
la ví con Teresa, en Burgos.
VIZC. (¡Diablo! si me conociese...)
Yo debo saber quién es:
estuve allí veinte meses.
¡Qué época aquella, Luisito!
Tener yo que guarecerme
en la casa de mi tia...
(¡Me comian los ingleses!)
Mas despues te conocí,
y si no es por tí, perece
mi vizcondado.
LUIS. (Jovialmente.) ¡Aun existe!
VIZC. Mas las rentas... estan verdes!...
Pero yo me estoy charlando
y estará el almuerzo...
LUIS. Véte.
VIZC. (Otra mujer en la casa,
Vizconde, no te conviene.) (Váse.)

ESCENA III.

D. LUIS, TERESA.

LUIS. Un hallazgo es un amigo,
si la nuez no sale vana;
este muchacho se afana
para cumplir bien conmigo:
es honrado, tiene fé
y no esquiva el trabajar.

TER. (Jovial.)
¿Se puede á don Luis hablar?
si no, me retiraré.

LUIS. (Cariñoso.)
Debo salir al instante,
pero tuyo soy, Teresa.

TER. Despedirse á la francesa
dicen que es muy elegante;
mas yo de modas no entiendo,
ni es bien que por ellas pase,
si me roban una frase
de mi marido.

LUIS. Comprendo;
no saldré en lo sucesivo
sin atento despedirme...

TER. Hoy tienes antes que oirme,
pues lo tomaste á lo vivo.

LUIS. Hable usted, señora mia,
mas no alargue su relato,
pues me esperan hace rato.

TER. Solo decirte queria
que tengo todo dispuesto,
y que mi amiga yâ espera.

LUIS. Bien, que venga cuando quiera.
¿Por qué me consultas esto?
Haz lo que te plazca, esposa.

TER. Si, quiero ir al instante.

LUIS. Veo brillar tu semblante (Satisfecho.)
donde el contento rebosa,
y bendigo la ocasion
de poderte complacer...

TER. ¡Luis, si es grande mi placer
mas generosa es tu accion!
Á mi gratitud inmensa,
hoy no puedo poner dique,
y en vano es que te la explique,
pues tu bondad no compensa.
¡Me sacaste de la nada
confiándome tu honor!
¡Cómo tasar el valor
de una dicha no soñada!
¡Hoy coronas mi deseo,

y tu liberalidad
hace de la caridad
el mas elevado empleo:
justo es que mi fé te entregue
y mi salvador te llame,
que eternamente te ame,
y que en este amor me anegue!

LUIS. Mi alma en tu corazon vé
la verdad de tus palabras;
nunca á la falsia le abras.

TER. Antes me le arrancaré! (Con entereza.)

LUIS. (Oyéndola me extasío
y su virtud me edifica.)
Vaya, vé por esa chica,
que ya conocerla ansío.

TER. Escucha, Luis; no es razon
que las desdichas ignores,
y los acerbos dolores
que oprimen su corazon.
Há seis años, su fé pura
á un hombre fió engañada,
él la dejó abandonada,
huyó...

LUIS. ¡Pobre criatura!

TER. Desde entonces su pecado
expia con su dolor.

LUIS. ¿Y quién era ese traidor?

TER. Jamás me lo ha confesado.
En su duda lastimera,
su nombre á nadie confia,
la dijo que volveria,
y la infeliz aun le espera.
Ya que sabes la verdad,
yo de morosa me acuso;
si de tu bondad abuso
retírame tu bondad.
No queria sorprenderte
al decírtelo mañana...
y aunque esa triste es mi hermana,
libre, dispon de su suerte.

LUIS. Tu amparo la ha de valer, (Conmovido.)
que venga.

TER. (¡El cielo me oyó!
el hambre ayer la acosó;
hoy la daré de comer!)
En breve marcho. .

LUIS. Si, si,
yo por instantes me ausento.

TER. ¡El placer que experimento
todo te lo debo á tí!

LUIS. Vé en la berlina mejor:
adios, ahi queda el Vizconde.

TER. (Con disgusto.)
¡Qué temprana vuelta! ¿En dónde?

LUIS. Almuerza en el comedor.
¿Parece que no te gusta?

TER. Me es igual... pide el carruaje.

LUIS. Que te cuente su viaje. (Sale.)

TER. (Ese Vizconde me asusta!)

ESCENA IV.

TERESA, LORENZO.

TER. Toda la ventura mia
parte de su alma tan bella;
mi vida entera no basta
para pagar su nobleza:
voy al punto...

LOR. (Con falso respeto.) Señorita,
si me dá usted su licencia...

TER. Adelante. ¿Está ya el coche?

LOR. Ya debe hallarse en la puerta.
¿Vá usté á salir?

TER. Si, señor.

LOR. Me lo dice usted tan séria...
ya no es el pobre Lorenzo
lo que en otros tiempos era.

TER. Estoy de prisa. (Inquieta.)

LOR. Pasó
de nuestra amistad la época.

TER. Lorenzo, yo nunca olvido
lo que fuí, mas me molesta
que atrevido no recuerde

que jamás le dí franqueza
para hablarme de ese modo.

LOR. Yo la quise á usted, Teresa...

TER. (Con dignidad.)
Pero yo á usted no le quise,
y ya es menester que entienda,
que los respetos de ayer,
hoy en deberes se truecan.

LOR. (¡Ya te daré yo el respeto!)
No es justo que una ama tenga
tirria, á un triste servidor,
cuando fué su compañera
sirviendo á unos mismos amos,
y sentándose á una mesa.

TER. Yo no le quiero á usted mal,
ni esos recuerdos amenguan
mi fama, que eternamente
pienso conservar ilesa.

LOR. ¡Ay, mucho decir es eso!...

TER. Calle usted!

LOR. Enhorabuena;
mas yo sé que á mi señora,
con toda el alma le pesa,
que el amo, de las provincias
á su casa me trajera;
es claro, como ignoraba
nuestra amistad, y Teresa
ni una palabra le ha dicho...

TER. Era muy fútil la nueva
para que yo le indicara...
y hubiera sido indiscreta:
asi, por ahorrarle á usted
de un desaire la vergüenza,
le he callado sus defectos,
que ya revelarle es fuerza.
Pronto sabrá mi marido
nuestras antiguas querellas;
mas temo que al penetrarlas
ni un solo instante consienta,
pues que me falta al respeto,
que usted aqui permanezca.

LOR. ¿Trata usted de echarme? (Malo,

eso no me tiene cuenta.)
Señora, perdon, perdon,
que yo prometo la enmienda.

TER. (Con autoridad.)
Está bien; déjeme usted.
(¡Ingrato!)

LOR. (Haremos la seña.)
(Lorenzo tose disimuladamente á la puerta, y aparece el Vizconde.)
(Ahí tiene usted la paloma,
señorito, duro en ella.)

ESCENA V.

TERESA, el VIZCONDE.

TER. (Sin ver al Vizconde.)
Se fué; ya libre respiro:
siempre me veo asaltada
por la figura malvada
de ese Lorenzo; le miro
como la sombra fatal
que mi existencia conturba.

VIZC. Bella Teresa.

TER. (Con sorpresa de repugnancia.)
¡Ah!

VIZC. (Se turba.)

TER. (¡El Vizconde! otro que tal!)

VIZC. Vengo lleno de deseo...

TER. Por eso me debo ir.

VIZC. ¿No me quiere usted oir?

TER. ¿Le sigue á usted el mareo?

VIZC. (Con intencion.)
Lejos de aqui, ¿quién podrá
disfrutar?...

TER. ¡Jesus! cualquiera
que obre bien; de esa manera
aqui lo mismo que allá.

VIZC. Triste, en la ausencia, he vivido,
por el bien que aqui perdí.

TER. Yo alegre he gozado aqui,
al lado de mi marido.

VIZC. Usté es demasiado austera
para lo que se usa hoy dia.
TER. Comprendo la demasia
en un afecto cualquiera;
pero si el deber se trunca...
VIZC. Manga ancha tiene el deber.
TER. Para el hombre, podrá ser;
mas para nosotras, nunca!
Suponga usted un momento
que usted llegue á ser casado,
ya de navegar cansado
por el mar del fingimiento;
cualidades de grandeza
buscará usté en su mitad;
la primera la verdad,
la segunda la firmeza;
dirá «mi desliz no mancha,»
y el de ella le amargará,
y entonces no pensará
que el deber tiene manga ancha;
que el esposo siempre unida
á su esperanza ha de ver
la prudencia en la mujer,
iris de paz de su vida:
por eso yo sin recelo
de maliciosa censura,
gozo en mi morada pura
las bendiciones del cielo;
y pues Luis con su bondad
del amor me abre el eden,
quiera el cielo que tambien
me abra el suyo la amistad.
VIZC. ¡Amistad! númen pequeño
para una mente elevada.
TER. Pues cásese usted.
VIZC. ¡Bobada!
¿Cómo encontrar digno dueño
si al ser que rindo holocausto
otro le posee ya?
TER. Tuerza el rumbo, que no está
de bienes el mundo exhausto.
¿Quién la dicha ansioso busca

por vereda tortuosa?
¡Triste error que al hombre acosa
y su entendimiento ofusca!
El que es noble, justo y recto,
pronto se aparta del mal;
la conciencia es un dogal
cuando no es puro el afecto!
Ceje en su afan tormentoso,
y feliz será, gozando
un sueño apacible y blando
y un despertar deleitoso.

VIZC. Teresa, todo es verdad:
¿mas quién vence una pasion?

TER. Se ahoga con la razon,
freno de la voluntad.

VIZC. ¿Retroceder yo? ¡delirio!
¡Su virtud mi fuego atiza,
el amor vence en la liza!

TER. ¡La virtud en el martirio!
No sea usted de esos seres, (Dulcemente.)
del mundo perenne cisma,
que por un funesto prisma
ven á las pobres mujeres;
de esos entes, ya infinitos,
de fé y esperanza exentos,
cuyos bajos pensamientos
son otros tantos delitos:
secta infeliz, que exagera
nuestra frágil condicion
y alimenta la opinion
de que nos vence cualquiera,
olvidando ¡pese á mí!
que sus esfuerzos se agotan
y sus saetas se embotan,
si hay un pedernal aqui.
(Señalando al corazon.)

VIZC. ¡El que ama, como amo yo,
no encuentra diques jamás!

TER. Vizconde, no hablemos mas. (Imperiosamente.)

VIZC. ¿La ofendo á usted?

TER. ¡Cómo no!

VIZC. ¿Ni siquiera la merced

de una esperanza merezco?
¿Me odia usted?

TER. Le compadezco!

VIZC. Pues yo insisto...

TER. Salga usted. (Enojada.)

VIZC. Mi constancia...

TER. ¿En delinquir?
¡Eso ya es depravacion! (Con brio.)
usted no está en su razon:
al punto vá usté á salir.

ESCENA VI.

DICHOS, FABIAN.

FAB. Señora...

TER. (Que no sospeche!...) (Reponiéndose.)

FAB. Pensé oir... por eso salgo...
(Este Vizconde... ¡aqui hay algo!)

VIZC. (¡No hay vez que este hombre no aceche!)

TER. Nada, no es nada... (¡Qué afan!)

VIZC. Hablábamos con calor
de...

FAB. Yo creí que el señor...
necesitaba á Fabian... (Recalcando la frase.)
y por eso me atreví,
porque los que somos fieles!...

VIZC. Voy á leer los papeles. (Váse.)

TER. (¡Respiro, se vá de aqui!)

ESCENA VII.

TERESA, FABIAN.

FAB. Soy, señorita, un idiota
que solo piensa en sus amos...
y en viendo á ese amigo, vamos,
la sangre se me alborota:
desde allí escuché al pasar,
y me colé de rondon...
ese mozo es un bribon,
yo no sé disimular.

TER. De tu señor es amigo
y tú debes respetarle...
FAB. Cuando me atrevo á insultarle
yo sé bien lo que me digo:
á usted vivir no la deja,
mientras que al amo le engaña,
y como dí en la maraña
le tengo entre ceja y ceja;
mas el dia en que me aburra
de sus continuos engaños,
aunque me pesan los años...
TER. ¿Qué?... (Con temor.)
FAB. Le sacudo una zurra!
TER. No harás tal.
FAB. Cojo una vara
y... ¡á buena parte viene!
TER. Calma, Fabian, no conviene
aventurar...
FAB. Cosa es clara;
al que quiere meter cisma
en un matrimonio unido,
se espera al menor descuido
y se le rompe la crisma.
Solo un ejemplar... profundo,
al libertino sujeta.
¡Si se usara mi receta
mejor andaria el mundo!
TER. Si, mas de angustia me lleno
con la idea de que Luis...
FAB. ¡Ahí es un grano de anis!
punto en boca...
TER. ¡Tú eres bueno!
Tú, que comprendes mis cuitas,
que tu lealtad me ofreces
y mi valor fortaleces...
FAB. (Conmovido.)
¿Por eso? ¡Ánimas benditas!
Con mi amo yo soy fiel,
lo mismo que lo es cualquiera,
y si cien vidas tuviera,
las perderia por él.
Por él!... por usted!... no miento,

andaria yo descalzo!...
Mas por eso no me ensalzo,
lo hace el agradecimiento.
¡Afligir yo á mi señor!
antes mi pecho taladre;
si le miro... ¡como á un padre!
y eso que yo soy mayor.
¿Qué fuera yo sin su apoyo?
Sabe Dios, si pediria
en los cafés... ó estaria
á estas fechas en el hoyo.
Él, de un carácter tan bello,
de una bondad tan inmensa...
Si recibiera una ofensa!...
no quiero pensar en ello.

TER. ¡Ah, qué bien te comprendí!
¡Ya temores no me asaltan,
las lágrimas se me saltan
oyéndote hablar asi!
¿Cómo feliz no has de ser?
¿cómo no te he de admirar...
cuando tú sabes amar,
y sabes agradecer!
Fuente de toda salud
es de gratitud el don,
y espina del corazon
es la negra ingratitud!
Mas ya me habia olvidado...
Vaya, voy... Ah! mi sombrero...
(Poniéndose el abrigo y el sombrero, que habrá sobre una silla.)
Estará ya mi cochero...
Dí á Luis que he ido aqui al lado
por...

FAB. ¿La nueva señorita?
Está bien. (¡Es una santa!
¡Estar á su lado encanta!
¡Qué elegante y qué bonita!)

TER. Y no olvide la cautela,
don Fabian, mi confidente. (Váse.)

FAB. Viva usted tranquilamente,
que yo soy buen centinela.

ESCENA VIII.

FABIAN, D. LUIS, despues el VIZCONDE.

FAB. ¡Cuidado si es hechicera!
Á mí me tiene hecho un bobo:
ni con un candil se halla
una ama de tan buen fondo.
Dicen que el que sube, sube,
suele darse mucho tono...
pues ella, véala usted...
y no tiene el genio corto,
porque con mucha frescura,
aunque con muy buenos modos,
dice al lucero del alba
cuatro verdades de á fólio.
¡Y vaya un saber que tiene!
¡y en la cabeza un meollo!...
¡lee mucho, y saca unos textos
que á todos nos deja absortos!
Cuando viene á mi memoria
la época del matrimonio,
en que la enseñaba el amo
á leer en los periódicos...
y él queria que corriera,
y ella decia: «¡me corto!
como está Fabian delante;»
y yo estaba como un tonto
contemplándola y diciéndome
para mi capote: ¡bolo!
aprende á leer ahí!...
Vamos, me lleno de gozo,
y digo: ¡esta es una perla
pescada yo no sé cómo!

LUIS. (Entrando apresurado.)
Vivir en abreviatura
es vivir, cuando hay negocios
entre manos, y son muchos
y de consecuencias todos.
Fabian, siéntate y escribe.
(Fabian se sienta al velador.)

FAB. ¿En papel largo ó en corto?
¿con pluma de acero ó de ave?
LUIS. Es igual, escribe pronto.
«Nota de los documentos... (Dictando.)
necesarios... para el cobro...»
VIZC. ¡Hola! ¿Estamos de escritura? (Entrando.)
No quiero servir de estorbo.
FAB. (Tú no querrás, mas no sirves
de otra cosa, gran galopo!)
LUIS. ¿Estabas aun almorzando?
¿Qué tal el moka?
VIZC. Famoso.
FAB. (¡Si se volviera alquitran!)
VIZC. Á otros les desvela un sorbo
de café; mas, chico, á mí
me hace un efecto asombroso;
con un par de tazas, siento
que se me entornan los ojos:
quise leer, hace un rato,
un artículo de fondo
del *Times*, y me quedé
al instante como un tronco.
LUIS. ¿Te dormiste? ¡Qué ocurrencia!
FAB. Como era inglés el periódico,
no es extraño...
VIZC. Por supuesto;
el inglés es un narcótico.
LUIS. Á propósito de ingleses...
tengo que... déjanos solos. (Á Fabian.)
FAB. (No es mal inglés el amigo,
yo mas que á ellos le odio;
y cuando digo que mas...
¡si aborreceré á este mozo!)

ESCENA IX.

D. LUIS, el VIZCONDE.

LUIS. Mister Kemble nos engaña.
VIZC. Lo dije; es un zascandil.
¿Qué nuevas dudas ofrece
ahora el contrato?

LUIS. Un sin fin:
no reconoce tu firma
porque poder no te dí
para contratar en regla;
quiere ademas los cien mil
reales, cual prenda pretoria,
que le pueda garantir,
y si no, afirma y perjura
que no hace el ferro-carril.

VIZC. ¿Con que hay estamos?

LUIS. ¿Qué quieres?
Todo me sale á pedir
de boca... ¿pues y el tratado
de postas con el Brasil?
Si no se mueve el gobierno.
tambien me voy á lucir.

VIZC. Cá, no temas; ese asunto
se ha de resolver allí
cuando menos lo pensemos;
dias antes de partir,
formal me dijo el ministro...
«Dígale usted á don Luis
que esto es ya cosa corriente;»
y ya ves...

LUIS. Mas vale asi,
pues perdiendo esos millones
se habia de resentir
mi casa...

VIZC. ¡Bah! No hay cuidado,
lo aseguro; fia en mí,
que he manejado este asunto
y sé que ha de producir.

LUIS. Bueno, tendremos paciencia;
mas presentaba un cariz
la cosa...

VIZC. No hay que quejarse
de la suerte, porque al fin...
teniendo activos consocios...

LUIS. ¡Oh, si no fuera por tí!
Bien sé lo mucho que vales,
y me contemplo feliz
por tenerte por amigo

tan bueno y leal...

VIZC. (Jovialmente.) *Merci.*

LUIS. ¿Has charlado con Teresa?

VIZC. (Indiferentemente.)
Poco; tuvo que salir
en busca de esa muchacha.

LUIS. Pues no sea usté incivil
otra vez... (¡Como es tan corto!)

VIZC. (¡No desconfia de mí!)

LUIS. Vaya, vamos al despacho,
que tenemos que escribir
al de Valencia, y tambien
pondré el borrador allí
(Tomando el papel del velador.)
de esta nota, que es urgente.
Calle, y me tengo que ir (Recordando.)
á almorzar... aun es temprano:
(Mirando el reloj.)
allá lo hacen á las mil...

VIZC. Tambien me darás dinero;
no tengo un maravedí.

LUIS. Al instante y cuanto quieras.

VIZC. Eres olmo de esta vid.

LUIS. (Me debo portar con él.)

VIZC. (Como dominado por una idea noble.)
(Me debia arrepentir!)
(Vánse por la derecha.)

ESCENA X.

TERESA, JOSEFINA, FABIAN. Vienen por el fondo. Josefina viste con la sencillez de la pobreza.

TER. Ea, ya estamos aqui
en la sala de familia,
donde paso yo la noche
y una gran parte del dia:
martes y viernes nos honran
varios amigos y amigas,
y ó jugamos al tresillo
ó se charla de política,

menos yo, que no lo entiendo,
y me ocupo en hacer hilas
para los heridos de África...
mas quítate esa mantilla,
mujer, y no estés asi...
tan callada y abatida.
¿Te propones disgustarme?
Basta de lágrimas, niña. (La besa.)

JOSEF. ¡Ah, Teresa, qué alma tienes
tan elevada y tan...
(Se quitan el velo y sombrero.)

TER. (Enjugándola los ojos.) Mira,
me vas á dar un mal rato
como en tal tema prosigas:
ya te he dicho que no quiero
que me estés agradecida,
ni me hables de favores,
ni se enturbien tus mejillas,
ni nada... solo deseo
que me quieras, Josefina!
con que vaya, siéntate
y recobra tu sonrisa. (Se sientan.)
Ya te encuentras en tu casa,
y ella te ofrece alegria,
porque te ofrece los brazos
de una hermana y de una amiga.
(La abraza y la besa.)

FAB. (¡Con qué bondad la consuela!
Pues conmigo simpatiza
la huéspeda, tiene cara
de ser una buena chica.)

JOSEF. Teresa, ver á tu esposo
tan solo anhelo solícita,
porque al alma que me ampara
yo debo abrirle la mia,
y mostrar la gratitud
de que se halla poseida.

FAB. (Vaya si es guapa y humilde:
hemos de hacer buenas migas.)

TER. Para eso no, Luis no quiere
humillar, á quien estima
como á tí: anda Fabian,

y anúnciale la venida
de la señorita nueva,
—como tú dices—mas mira
primero si está ocupado,
y si es asi no...

FAB. En seguida.
(Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

JOSEFINA, TERESA.

JOSEF. (Con sentimiento.)
Hoy se cumplen cinco meses,
desde que vine á la córte,
sin que tú nada supieses,
falta de aliento, sin norte
y cercada de reveses;
en época tan sombria
mucho llanto he derramado,
mas mi pecho desgarrado,
la esperanza entreveia
de verme, al fin, á tu lado.

TER. ¿Por qué, ingrata, de venir
nunca me distes el gusto?
hoy no es dia de reñir,
pero debes advertir
que tu temor era injusto.
Luis conmovido escuchó,
no há mucho, el relato fiel
de tu desgracia... y si yo
tanto lloré, ¿cómo no
habia de sentir él?

JOSEF. ¡Ah! su bondad conocí
y ya me fué revelada
cuando de él hablar oí...
mas, ¿qué no te debo á tí?

TER. Á mí no me debes nada.
(Ligera pausa y sentimiento.)
Era un dia, que no acierta
á designar vacilante
mi memoria, cuando yerta

llegó, de noche, á tu puerta,
una pobre niña errante;
débil, estenuada, inerte,
en su rostro se advertia
la huella de aciaga suerte,
y esa sonrisa que envia
para anunciarse la muerte!
mas su vida y su dolor
un alma bendijo, humana,
y halló, al lucir la mañana,
la mendiga... pan, amor,
una madre y una hermana!
Busca, pues, en esa historia,
que conté con desaliño,
respuesta satisfactoria.
¡Hoy de tu madre el cariño
te ampara desde la gloria!

JOSEF. Madre, si tus ojos ven (Enternecida.)
mis desdichas, no te enojes:
bendice á Teresa, en quien
brilla la aurora del bien.

TER. ¡Ella sembró el que recoges!

JOSEF. Mas la criatura bella
que á mi morada llegó
y una limosna pidió,
era la hija de aquella
que un dia me amamantó!
¿Qué extraño es que allí encontrara
consuelo y amor profundo,
y premio á su virtud rara?

TER. ¡Oh, dichoso si pagara
asi sus deudas el mundo! (Transicion.)
Con que basta de charlar,
que ya es hora de almorzar,
y como hemos de salir
nos tenemos que vestir.

JOSEF. ¿Vestirme yo?

TER. Sin tardar. (Se levantan.)

JOSEF. Gracias, hermana. (Cortada.)

TER. Y prohibo
toda manifestacion
á que yo no dé motivo.

(Mirándola con satisfaccion.)
(¡Ya su semblante es mas vivo!)

JOSEF. (¡Qué hermoso es su corazon!)

ESCENA XII.

JOSEFINA, TERESA, FABIAN, el VIZCONDE, D. LUIS.

FAB. Aqui viene mi señor.

JOSEF. Ya ardo en deseos de hablarle
y sincera demostrarle
su señalado favor...
(Se dirige á la puerta de la derecha y aparece el Vizconde, que viene delante de D. Luis. Josefina le habla como cortada, sin mirarle hasta despues.)
como una ofrenda de honor!...
(Á Teresa, reconociendo al Vizconde y cayendo desmayada en los brazos de aquella.)
¿Ese es tu marido? ¡Ah!

VIZC. (Inmutado y tratando de reponerse.)
(¡Ella!) ¿Padece quizá?... (Á Teresa)

LUIS. (¡No alcanzo qué pasa aqui!)

TER. (¡Todo lo comprendo, si!)

FAB. (¡Este me las pagará!)
(Teresa dirigiendo una mirada de reconvencion al Vizconde; y Fabian, amenazándole, sin ser visto, con expresion de rabia.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FABIAN.

No hay nadie... ¡perfectamente!
Desde ayer tengo jaqueca,
de pensar y mas pensar
en la maldita ocurrencia
del patatús... ¡aquel mozo
es un pájaro de cuenta!
Cuando ella al equivocarle,
perdió el sentido, coleta
debe traer el asunto...
¡á mí nadie me la pega!
El señor no está contento,
aunque no lo manifiesta,
y del mismo mal padece
la señorita Teresa,
que con la recien venida
á hurtadillas cuchichea,
y arman una de suspiros...
¡como que las dos son buenas!...
El otro no ha vuelto mas,
ni quiera Dios que parezca,

pues yo voy á ser aqui
quien le acuse las cuarenta...
¡Y hasta Lorenzo!... Lorenzo
es de muy mala ralea;
y, ó mucho me engaño yo,
ó anda tambien en la gresca;
no, pues yo me he de enterar
de todo... y hago una apuesta
á que el pillo del Vizconde
ha jugado alguna treta
á esa pobre señorita...
¡Bah, se conoce á la legua!
Fabian, vamos á husmear
para cumplir la promesa
á la señora, y que el amo...
(Viendo á D. Luis, que aparece.)
(¡Él!... aguantemos la mecha.)

ESCENA II.

FABIAN, D. LUIS.

LUIS. (Deteniéndole.)
¿Adónde vas?
FAB. Voy...
LUIS. Escucha ..
FAB. Señor. (Está pensativo.)
LUIS. Fabian, tú que há muchos años,
eres mi mejor amigo,
firme, leal, consecuente...
dime... ¿notaste?...
FAB. (¡Dios mio,
si sospechará!... neguemos.)
Nada he notado ni he visto.
LUIS. ¿Con que él?...
FAB. (¡Ya dió con él!) (Turbado.)
Él... no entiendo. . (Yo vacilo.)
LUIS. ¿Pero ella?...
FAB. De ella respondo,
señor, como de mí mismo.
LUIS ¿Es decir, que la sorpresa
fué cierta?

FAB. Entró de improviso (Titubeando.)
y .. (¿Si le habrán enterado?
¡imposible!)

LUIS. No concibo
el por qué se desmayó
al conocerle.

FAB. (¡Respiro!
se referirá á la otra.)

LUIS. Me ha dicho que fué un vahido;
pero tal casualidad
es rara... Vamos, no atino
con la causa de aquel lance;
mas aqui hay algo.

FAB. De fijo;
ella sin duda es muy buena,
pero yo de él no me fio,
soy franco.

LUIS. ¡Si la conoces,
¿cómo es que nada me has dicho?
Yo este misterio al instante
averiguar necesito.
¿Tú sabes si conocia
esa muchacha á mi amigo?

FAB. Señor, yo jamás la ví
hasta ayer, que á casa vino;
mas de seguro el Vizconde
ya debia haberla visto,
y sabe Dios si!...

LUIS. Fabian!
delante de mí, prohibo
usar esas reticencias...
puesto que das al olvido
que ofendes á una persona
de mi amistad y cariño.

FAB. Bien, callaré; pero cuando
uno tiene un gusanillo
que le está roe que roe...
no es regular... ¡mas no insisto!

LUIS. ¿Qué es lo que quieres decir?

FAB. Nada, manias, delirios,
achaques de la vejez!...

LUIS. ¡Fabian! (Inquieto.)

FAB. Tenga usté entendido,
aunque se enfade, que á mí
no me agrada ese mocito...
¡Ea! ahora riña usted
si quiere, mas ya está dicho.

LUIS. (Con creciente enojo.)
¿Y en qué razones te fundas
para hablar así? ¿Qué has visto
que te autorice?

FAB. Yo... nada; (Irónicamente.)
pero aqui se me ha metido,
(Señalando á la frente.)
que ese hombre .. ¡perdon, señor!
no juega ní medio limpio.

LUIS. ¡Miserable! Si no fuera
por tus canas... ¡Qué atrevido!
Sal de aqui... y como otra vez!...

FAB. Voy á llorar como un chico,
si se enfada usted asi, (Balbuciente.)
pues yo no he dado motivo...
El que honrado gana el pan
y trabaja con ahinco,
y á sus amos no replica,
ni olvida sus beneficios...
el que en veinticuatro años,
ó cerca de veinticinco,
no ha dado una sola vez
de queja el menor motivo...
yo, que si sufre usted, lloro,
y que si se alegra rio,
y que por verle contento
quisiera ser adivino!
vendria sin ton ni son
á decir... lo que no digo...
solo por tema y por... vaya,
me callaré, mas repito
que...

LUIS. ¡Silencio!

FAB. Bien está.

LUIS. Retírate!

FAB. Me retiro.

LUIS. (¡Su tenacidad me quema!)

FAB. (Le ha entrado por el arillo,
pero yo le haré entender
que es un pirata argelino!) (Váse.)

ESCENA III.

D. LUIS, despues el VIZCONDE.

LUIS. Yo no sé qué imaginar
ni por qué recelo y dudo...
pero no; Fabian chochea,
y con ínfulas de astuto,
en la cosa mas sencilla
halla ofensas y chanchullos,
y no hay hombre en que no vea
siempre un enemigo oculto.
¡Dudar del noble Vizconde!
¿se dará mayor absurdo?
yo las manos en el fuego
no pondré por hombre alguno,
mas por él, apostaria
cien millones contra un duro,
á que no me falta á mí
por todo el oro del mundo!

VIZC. (Entrando.)
Buenos dias. ¿Cómo vá?

LUIS. ¡Oh, Vizconde! siempre tuyo...
Venga esa mano.

VIZC. Las dos.

LUIS. (¡Qué guapote!)

VIZC. (¡Disimulo!)

LUIS. Hombre, me alegro que vengas.

VIZC. (¡Malo, ya me tiembla el pulso!)

LUIS. Vamos; con franqueza, dime,
¿qué fué aquello?

VIZC. ¿El arrechucho?...
¿Y yo qué sé? algun mareo,
ó la emocion... no calculo
qué pudo ser.

LUIS. Pues yo sí;
aqui hay un misterio oculto,
y quiero que me confies

la verdad.

VIZC. Eso es muy justo;
¿mas yo qué puedo decir?
que á esa niña, estando en Burgos,
la dije cuatro pirópos...
yo vivia hecho un cartujo,
chico, por pasar el tiempo...
y nada mas, ella estuvo
al principio desdeñosa...
yo la hablé sin disimulo,
y aunque al fin me dió una cita,
todo pasó como el humo;
y ahí ves, nada entre dos platos,
pólvora en salvas por junto.
Cuando la vi desmayarse
me quedé como un estuco,
diciéndome: está muchacha
ha leido á Victor Hugo,
y es víctima de los nervios
y de... Pero hagamos punto,
que no merece la cosa...

LUIS. (¿Si será este?... Lo dudo; (Pensativo.)
no es capaz, es muy inocente
para atreverse...)

VIZC. ¿Presumo
que ya se habrá mejorado,
completamente, del susto?

LUIS. ¡Oh, si!

VIZC. (¡Pobre Josefina!
Cosas le pasan á uno
que!... Pero es imposible
que siga aqui ni un minuto
mas; pensemos en el modo...)

LUIS. (Calla! no estoy muy seguro
de ella. Estaremos alerta...)
Con que hablemos de otro asunto.
¿Vistes á Kemble?

VIZC. Le ví,
y se humaniza el muy cuco;
mañana vuelvo á la carga...
no hay mas que echarse en el surco
y esperar...

LUIS. Voy allá dentro: (Como recordando.)
estoy con los estatutos
de esa sociedad que... Vente
ó quédate, á tu gusto:
ahora saldrán las señoras.
VIZC. Pues me quedo.
LUIS. (Yo me escurro,
y luego daré una vuelta
cuando los dos esten juntos.)

ESCENA IV.

EL VIZCONDE.

No sé qué salida hallar
para este nuevo incidente:
cántaro que vá á la fuente
al fin se llega á quebrar.
¿Quién tal desdicha pensó?
¿por qué yo aticé su llama?
Y ella, la pobre, aun me ama;
mas yo á ella... ¡qué sé yo!
¿Y Teresa? ¿No me ha herido
gozándose en su desden?
¡La humillacion no está bien
al hombre jamás vencido!
Si, no vacilo un momento;
que la otra salga es preciso:
ese fatal compromiso
viene á contrariar mi intento.
Reconciliarme es mejor,
pues la conozco bastante...
No hay que perder un instante...
(Mirando á la puerta de la derecha.)
Mas ella viene... ¡Valor!

ESCENA V.

EL VIZCONDE, JOSEFINA.

JOSEF. (Deteniéndose ruborizada.)
Usted!...

VIZC. Si, yo soy; ya ves
que tu presencia no evito
y que hablarte solicito...
JOSEF. (Con sentimiento.)
(¡Si aun me amara!)
(Con severidad.) Hable usted, pues...
VIZC. Josefina, tus rigores
no ensañes hoy contra mí,
pues si pesares te dí,
quiero lavar mis errores.
Si, con arrepentimiento
pretendo borrar mis culpas...
JOSEF. ¡Disculpas... siempre disculpas!
VIZC. Juro!...
JOSEF. ¡Siempre el juramento!
Protestas que se deshacen
y conciencias que no gritan,
son flores que se marchitan
el mismo dia en que nacen.
Fuera mas honrado, á fé,
no haber turbado mi calma,
la primer vez que en el alma
tus falsedades grabé,
que querer hoy profanar
la soledad en que vivo:
yo no te he dado motivo
para que aun me hagas llorar!
(Se enjuga las lágrimas.)
VIZC. (Turbado.)
Josefina... yo... (¡me hiere!)
mi corazon te responde...
JOSEF. No; ¡qué le importa á un vizconde
si una plebeya se muere!
¿Por qué tacharle de infiel
si la abandona á su estrella?
¿Quién la dió derecho á ella
para elevarse hasta él?
¿De qué sirve si encendió
una llama, en loco anhelo,
si él de la falacia el hielo
sobre esa llama arrojó?
¿Por qué le amó con placer?

¿Por qué le ofreció su vida?...
¡pobre infeliz engreida!
si, ¡pobre! ¡pobre mujer!

VIZC. Advierte que yo tu amor
no he rechazado jamás.

JOSEF. No pudo usted hacer mas...
(Con dolorosa ironia.)
¡mil gracias por tanto honor!
Usted no me ha rechazado,
mas de Burgos se ausentaba
cuando mi madre lloraba,
y yo lloraba á su lado,
porque el mal la consumia,
y á poco por vez postrera!...

VIZC. ¿Falleció?

JOSEF. (Con aspecto sombrio.) ¡Si ella viviera,
tal vez yo no existiria!

VIZC. Bien, ya me vuelves á ver;
recobra tu confianza:
aun no pierdo la esperanza
de hacerme de tí querer!

JOSEF. Pero!... (Animándose.)
(¡Me embarga su acento!)
¿Me amas aun? (Con espontaneidad.)

VIZC. (¡Qué apuro!)
Si. (Friamente.)

JOSEF. (Con gran sentimiento.)
¿Mas con ese amor puro
que en mí no faltó un momento?

VIZC. Hoy reanudo nuestro lazo.

JOSEF. ¡Gracias! ¡Bendito presente!
gozo cual niño inocente
en el materno regazo!
¡Si vieras cuánto sufrí!
mis ojos un mar vertian,
y mis lágrimas corrian
para llegar hasta tí:
durante tu amarga ausencia,
y á pesar de tu desvio,
tu memoria era el rocio
bienhechor de mi existencia;
ella mi sien refrescaba,

y era mi encanto halagüeño,
yo te veia en un sueño
del que nunca despertaba;
y al mirarte hoy embebida,
y ese acento al escuchar,
que borra tanto pesar,
dudo aun si estoy dormida!
Habla: tu voz hoy aqui
un mundo viene á ofrecerme!...
¡Si, yo quiero convencerme
de que aun vives para mí!

VIZC. ¡Tuyo soy... juntos gocemos
con los recuerdos de un dia!

JOSEF. ¡Ya es tiempo que yo sonria!

VIZC. (Si no la atajo... abreviemos.) (Impaciente.)
(Ligera pausa.)

JOSEF. ¿En qué piensas? ¡Triste estás!
Conmigo, franco, departe;
¡yo intentaré consolarte, (Con ternura.)
si no sirvo para mas!

VIZC. Josefina, es menester
que comprendas... no es prudente
dejar aqui, ingenuamente,
nuestros impulsos correr....
Teresa...

JOSEF. No te comprendo.

VIZC. Nos vigilarán...

JOSEF. Concluye.

VIZC. Todo aqui enojos arguye...
huyamos!

JOSEF. ¿Qué estás diciendo?
Me llenas de confusion
y la duda me... ¡Dios mio!
¿Será que ella?... ¡Desvario,
conozco su corazon!

VIZC. (Confuso.)
Yo no he dicho... (Ella me allana
el camino, pues bien, sea.)
Nunca un desliz tanto afea,
como una falta liviana:
Teresa abatida está,
pues cuanto mas reverdece,

mas y mas Luis encanece...
ella viene y él se vá;
asi, no extrañes...

JOSEF. ¡Qué escucho!
Mas si, yo quiero creerte...
¡Pero es imposible!

VIZC. Advierte
que el secreto importa mucho,
y que tu presencia aqui
no nos será muy propicia,
pues si en la casa se indicia...

JOSEF. ¿Con que te ama?

VIZC. No!... (Vacilando.)

JOSEF. ¡Si! (Amargamente.)

VIZC. ¡Calla... calla!

JOSEF. ¿Quién reniega
del amor? Me dijo ayer
que no te podia ver,
¡y era porque estaba ciega!
Si, tu silencio... ¡ay de mí!
yo en tu impaciencia me abono;
me ofendia... y la perdono,
solo por quererte á tí!

VIZC. Basta; ¡si oyeran!...

JOSEF. ¡Dios mio!

VIZC. Debes salir sin demora...

JOSEF. Dispon de mí desde ahora;
yo en tu rectitud confio.
¿Estás contento?

VIZC. Si á fé.

JOSEF. ¿Y me amas?

VIZC. ¿Cómo no?

JOSEF. ¿Y me amarás?

VIZC. ¡Qué sé yo! (Agitado.)

JOSEF. Respóndeme! (Con ansiedad.)

VICZ. ¡Te amaré!

(Tomándola la mano y besándosela con frialdad. Don Luis aparece y lo observa.)

JOSEF. El eco asi de tu acento, (Sin ver á D. Luis.)
en el corazon penetra:
¡de esa frase cada letra
borra un siglo de tormento!

Ya mi desventura acaba,
y... ¡ay! te ofrece este suspiro
hasta el aire que respiro!...

VIZC. Si, mas...
(Viendo á D. Luis é indicándola que calle.)
(¡Luis! nos espiaba!)

ESCENA VI.

JOSEFINA, el VIZCONDE, D. LUIS.

LUIS. (Qué tiernos y qué rendidos
estos muchachos estan!
Tales coloquios no debo
en mi casa tolerar.)

JOSEF. (Tiemblo como una azogada!)

VIZC. (¿Habrá escuchado quizás?
¡Fuera un grave compromiso!)
Pronto vuelves por acá. (Á D. Luis.)

LUIS. (No hay duda, este es el amante:
cuando se dejó besar...)

JOSEF. Voy... (Haciendo ademan de irse.)

LUIS. Con permiso de usted. (Deteniéndola.)
(Si, si; al momento saldrá:
ella es aqui la culpable!)
(Indicando al Vizcondo que salga.)
Vizconde, ten la bondad...
quisiera con Josefina,
si no te ofendes, hablar.

JOSEF. (¿Qué será?)

VIZC. Con mucho gusto.
(Esto conmigo no vá!
tanto mejor. (Á Josefina con disimulo.)
No te alteres,
y fia en mí!)

JOSEF. (¿Volverás?) (Id. con ansiedad.)

LUIS. (¡Secretos! Yo cortaré
pronto de raiz el mal.)

VIZC. (Ahora escribiré á Teresa,
pido cita, me la dá,
y luego este es confiado...)

Adios. (Saliendo.)

LUIS. Abur. (Preocupado.)

JOSEF. (¡Qué ansiedad!)

ESCENA VII.

D. LUIS, JOSEFINA.

LUIS. (Con delicada severidad.)
Josefina, óigame usted:
de esta morada las puertas
con gusto le han sido abiertas,
y lo he tenido á merced;
mas, pues, complací á mi esposa,
y en mucho mi estima tengo,
le diré que no me avengo
con la conducta... dudosa,
que usted en mi casa observa;
y pues se funda mi enojo,
quiero saber...

JOSEF (¡Qué sonrojo!)
Don Luis, mi suerte es acerva.
Al temor que á usted le salta
en vano es que oponga excusa,
porque mi lengua confusa
no sabe ocultar su falta.
Mi corazon lacerado
suspiraba agradecido,
y palpitar le he sentido
por un gozo inesperado;
mas tras el bien, una espina
en él, sin piedad se clava,
y de su dolor esclava
no puede hablar Josefina!

LUIS. Ese misterio comprendo.

JOSEF. No intente usted penetrarle.

LUIS. Si, yo sabré disiparle...

JOSEF. (¡Ay, cuánto estoy padeciendo!)

LUIS. ¡Pobre! cierne sobre usté
sus alas la pena impia;
si ayer el mal repelia,
¿por qué hoy le busca... por qué?

JOSEF. Pregunte usted á la abeja
por qué se posa en la flor;
al sol, por qué su fulgor
sobre las ondas refleja;
á la brisa juguetona
por qué en el verjel se pierde,
á la enredadera verde
por qué al álamo aprisiona;
por qué la luz se une al dia,
el arroyo á la laguna,
la nube errante á la luna,
la esperanza á la alegria;
y ellos en su tierno ardor,
le mostrarán de contino,
que ese misterio divino
que les liga, es el amor!

LUIS. Se le puede resistir,
mas dones no se conceden
que un dia humillarnos pueden!

JOSEF. ¡Yo vivo para sentir!
Yo las cábalas ignoro
fruto de perfidia audaz,
y no reclino la faz
nada mas que cuando lloro

LUIS. ¿Pero usted padece?

JOSEF. Si!...

LUIS. Usted ama, y el Vizconde...
(Veamos...).

JOSEF. (Con entusiasmo.) ¡Me corresponde!

LUIS. ¿Mas usted lo cree asi?

JOSEF. Sin duda.

LUIS. (¡Me causa pena!)

JOSEF. Por eso mi amor le entrego!

LUIS. (¡Basta!) Para tanto fuego...
esta morada, no es buena. (Vacilando.)

JOSEF. (Llorosa.)
¿Es decir...

LUIS. (¡Vaya, ya llora!)

JOSEF. Que me echa usted por enojos?

LUIS. (¡Ya se humedecen mis ojos!)
¿Yo echarla á usted?. (Reponiéndose.)
Si, señora.

(El Vizconde á esto me obliga...
Sus misterios... (¡Qué he de hacer!)

JOSEF. ¿No me quiere usted tener
ni siquiera por amiga?
(Con dignidad y enjugándose las lágrimas, mientras que D. Luis permanece cabizbajo.)
Bien, me voy sin sollozar;
soy un ave pasajéra!...
antes que usted me ofendiera,
yo me pensaba marchar.
Años hace que sin tino
vago por el mundo errante,
mas la fé ha sido bastante
para alumbrar mi camino.

LUIS. (¿Será que culpa no tiene
para tan crudo desden?)

JOSEF. Adios!

LUIS. (No me siento bien.)
Con usted adonde ordene
irá Fabian... (¡Su entereza
contrasta con mi temor!)

JOSEF. Gracias.. (¡No viene!)
(Angustiada y mirando á la puerta.)

LUIS. (¡Señor,
si obraré con ligereza!)

ESCENA VIII.

JOSEFINA.

Teresa, jamás pensara
que me hirieras y te hirieras:
la atmósfera te emponzoña
de tu mísera grandeza.
Casta ayer, pura, inocente,
hoy eres... ¡quién lo dijera!
la gota de espuma blanca
convertida en ola negra!
Amabas al bien que adoro
mientras él te menosprecia!...
¡Esta es la primera vez
que soy feliz en la tierra!

De tu casa me despido,
y no dejo aqui mi pena,
por no aumentar, rencórosa,
la que en tu pecho se alberga!
Teresa, te amé y me agravias,
¡yo te perdono, Teresa! (Llorosa.)

ESCENA IX.

JOSEFINA, TERESA.

TER. ¿Me llamabas? ¿Qué sucede?
JOSEF. (Enjugándose los ojos.)
No es nada.
TER. ¿Qué te atormenta?
JOSEF. (Disimulando.)
¡Qué aprension! ¡Si estoy contenta!
(¡Quiere fingir y no puede!)
TER. Algo nuevo ocurre; dime
pronto la verdad, hermana...
JOSEF. (¡Cómo finge la villana!)
Ese título suprime!
TER. No entiendo... ¿mas qué te enoja?
JOSEF. No me preguntes.
TER. ¿Qué ha sido?
JOSEF. Tu esposo se ha arrepentido
y de su casa me arroja!
TER. ¡Vírgen santa! ¡Fuera horrible!
JOSEF. Él lo ha dicho...
TER. ¿Cómo? ¿dónde?
(Calumnias de ese Vizconde!)
JOSEF. Á mí misma...
TER. ¡Es imposible!
¿Y el motivo? no lo veo...
¡Deliras!
JOSEF. ¡Á Dios pluguiera!
(Con sequedad.)
Antes que él me despidiera
me anticipé á su deseo;
pues por motivos que al cabo
comprenderás, te abandono.
TER. Me lo dices con un tono

que no entiendo... ni le alabo.
Yo que nunca te ofendí,
y siempre te quise bien,
no comprendo ese desden
con que me tratas.

JOSEF. ¡Yo sí!

TER. (Con entereza.)
¡Josefina!

JOSEF. ¡Adios! (Con sentimiento.)

TER. (¡Me aflige!)
Espera...

JOSEF. ¡Nunca!

TER. Es forzoso:
ese lenguaje insidioso
reparacion pronta exige.

JOSEF. (La debiera confundir,
mas valor no tengo!)

TER. ¡Oh!
No creas que ignoro, no,
el por qué te quieres ir.
La aversion que yo profeso
al Vizconde te resiente;
confiésalo francamente,
tú le amas con exceso;
en tu mirada he leido
que te ofende mi rigor...

JOSEF. ¡No prosigas, por favor!

TER. ¡Y es que no me has comprendido!
Si alguna vez le injurié, (Persuasivamente.)
en tu porvenir pensaba
y de tu bien me cuidaba,
pero yo odiarle, ¿por qué?
No; si cumple, cual espero,
una sagrada protesta,
le diré: «mi mano es esta;
sabe usted ser caballero!»

JOSEF. ¡Me causas admiracion!
(¿Me engañará?... Yo estoy loca!)
¡Si lo que expresa tu boca
es lo que sientes, perdon!

TER. (¡Qué mania!)

JOSEF. (Recordando con tristeza.) (Pero si!...

¡Aquel acento fatal!...
¡Si ella fuera mi rival, (Con alegria.)
no me persuadiera asi!)

TER. (Alguna sombra se ensaña (Con extrañeza.)
con ese débil sentido:
decir debo á mi marido
que su recelo le engaña.)
Espérame aqui, reposa,
y depon el ceño adusto,
que siempre mi ansiado gusto
ha sido verte dichosa;
¡pronto mi solicitud,
disipará tu dolor!

JOSEF. Mas...

TER. (¡No hay hazaña mejor
que hacer triunfar la virtud!)
(Váse por el fondo.)

ESCENA X.

JOSEFINA, despues LORENZO.

JOSEF. Escucha... ¡se fué! ¿Qué intenta?
¡Siento el frio de la muerte!
¿Sus palabras me alucinan,
ó es verdad que no me ofende?
No lo sé, pero su acento
me anuncia que es inocente,
y el honrado en la deshonra
nunca deleitarse puede.
Débiles los hombres, buscan
perfidias en las mujeres...
¡Oh, si Teresa me engaña,
que yo jamás lo penetre!

LOR. (Con dos cartas en la mano.)
(La huéspeda... guardaremos
estas cartas, no sospeche...)
Perdone usted, busco al amo...
(¡Caramba, qué ojeras tiene!
Debe haber llorado mucho.)
¿La ha visto usted?

JOSEF. Me parece

que ha de estar en su despacho.

LOR. Le traigo un recado urgente.
(Si yo lograra indagar
por esta...)

JOSEF. (Preocupada.) (Si yo pudiese
averiguar por alguno...)

LOR. Señorita...

JOSEF. ¿Qué se ofrece?

LOR. Hace calor. (Cortado.)

JOSEF. (Este hombre
puede que sepa... y me entere;
pero, ¿cómo le pregunto?)

LOR. (Yo la haré hablar.) Hoy es viernes,
y el señorito Vizconde
come en casa, como siempre...
¡Es tan franco... tan amable!

JOSEF. (Esta es la ocasion.) Hay gentes
que aseguran lo contrario.

LOR. Pues yo aseguro que mienten.
Todos, aqui en esta casa,
al señorito le quieren,
y le miman... y hasta el amo...
vamos.... que si á mano viene,
debiera tenerle entre ojos!...

JOSEF. ¿Qué dice usted? (Con interés.)

LOR. (Ya me entiende.)

JOSEF. ¿Pues no son amigos íntimos?

LOR. Si, señora... asi parece...
pero!...

JOSEF. Lorenzo, hable usted
sin reparo y francamente,
que yo sé guardar secreto...

LOR. (Se conoce que la escuece;
ella cantará de plano.)

JOSEF. (Con afan.) ¿En qué misterio se envuelve
la ventura de esta casa?
¿quién turba aqui los placeres?
¿no es feliz el matrimonio?
ó en fin, ¿qué es lo que sucede?

LOR. (Maliciosamente.)
Nada... por ahí dicen de ella,
que el otro... ¿usté me comprende?

y... pero yo nada digo ..
porque á uno, quién le mete
en camisa de once varas...
son mis amos...

JOSEF. (Me estremecen
sus palabras; claro advierto
el lazo que se me tiende!)
¿Pero el Vizconde?

LOR. El Vizconde
es reservado y prudente,
pero á la chita callanda,
por ella los vientos bebe!

JOSEF. (¡No puedo mas!)
(Se apoya insensiblemente en un sillon.)

LOR. Señorita,
¿qué tiene usted?

JOSEF. (¡Ay! las sienes
se me saltan!) Nada siento...

LOR. (¡No la ha entrado poco fuerte!)

JOSEF. Debo marcharme ahora mismo,
porque aqui todos me venden.)
Lorenzo, cuanto usted dice
calumnias son que oscurecen
de don Luis la limpia fama,
y mas á su esposa ofenden;
él es noble y caballero,
y ella honrada y consecuente,
y los que su paz alteran
piedad de Dios no merecen:
asi no vuelva usted mas
á propalar, imprudente,
sospechas, para que el mundo,
malévolo se deleite!
(Aparece Fabian en el foro.)

LOR. Señorita, usted es buena,
y por eso no lo cree...
pero yo estoy enterado,
y ya varia de especie..
El ama...

JOSEF. ¡No mas, por Dios!

LOR. Y el señorito .. se entienden!...
créalo!...

JOSEF. ¡Basta, Lorenzo!
(¡Corazon, ya qué mas quieres!
Voy á tomar el retrato
de mi madre, y á ponerme
el vestido que recuerda
mis dias de aciaga suerte:
despues... ¡huiré de aqui,
adonde el cielo me lleve!) (Váse por la derecha.)

ESCENA XI.

LORENZO, FABIAN.

LOR. Vamos, no dirá aquel hombre
que no me porto con él:
ha hecho efecto el sinapismo!
el negocio marcha bien.
¡Ay, señora de mi vida,
qué mal me conoce usted
si espera que yo me olvide
de lo que un dia juré!
Pero chito, no me oigan
y lo echemos á perder.
(Vá á salir y se encuentra frente á frente con Fabian, que se le habrá ido acercando con expresion de ira, y como conteniéndose.)

FAB. ¡Miserable, yo debiera
estrellarte en la pared!
mas no quiero dar escándalo...

LOR. ¡Don Fabian! (Sobrecogido.)

FAB. ¡Canalla, infiel;
(Con sarcasmo duro.)
sigue quitando el pellejo
á quien te dá de comer!
¿Por qué te aturdes, cobarde?
¡Ingrato, perro soez!

LOR. Yo... no me alce usted el grito, (Confuso.)
que eso es reñir sin saber!...

FAB. ¿De quién hablabas? responde!...
¿piensas que yo nada sé?
Pues te equivocas, pillete,

que te conozco muy bien.
El que en una casa honrada
de traidor hace el papel,
debe cortarse la lengua
antes de volverlo á hacer.
Pero la culpa no es tuya,
la tiene... ¡yo no sé quién!...
Mas si tu cara es tan mala,
¿tus hechos cómo han de ser?
Responde!

LOR. Yo á usted no tengo
que darle cuentas.

FAB. ¿No, eh?
Corriente; pronto en la calle
de patas te vas á ver.
¡Pues no faltaba otra cosa!
Yo al amo le enteraré,
y al instante...

LOR. Me es igual,
nada tengo que perder.

FAB. ¿Habrá mayor desvergüenza?
¡Cria cuervos!...

LOR. ¿Y á mí qué?
Le estoy á usted escuchando
como quien oye llover.

FAB. ¡Ah, bribon! cómo galleas
porque machucho me ves; (Con vigor.)
pues mira, aun fuerte me encuentro
para apretarte la nuez.

LOR. Eso se verá!

FAB. Á tus amos,
por quien vives como un rey,
ofendiendo por la espalda,
¡quite usté hombre, quite usté!
si para eso, en vez de sangre,
tinta negra es menester!

LOR. Que no insulte usté, le digo,
vejete! matusalen!

FAB. (Furioso.)
¿Te me subes á las barbas?
No me puedo contener!...
(Vá á pegar á Lorenzo, y aparece D. Luis.)

ESCENA XII.

LORENZO, FABIAN, D LUIS

LUIS. Fabian! ¿Qué es lo que aqui pasa?
FAB. (Reponiéndose.)
(¡Si no fuera por lo que es!)
Señor...
LUIS. ¿Qué voces son esas?
¿Es mi casa algun cuartel?
Y tú, ¿por qué estás aqui? (Á Lorenzo.)
¿No tienes nada que hacer?
LOR. Señor, yo... (Le tengo miedo.)
LUIS. ¿Qué hacias? Respóndeme.
LOR. (Aturdido.)
Vine con... con esta carta,
que han traido para usted.
LUIS. (¡Es extraña la reyerta!)
FAB. (Que no lo llegue á saber!)
(Lorenzo, en su atolondramiento, entrega á D. Luis el billete del Vizconde, que traia para Teresa, en vez de la otra carta; y al advertir su equivocacion quiere remediarla, inútilmente.)
LUIS. ¿La guardaste en el bolsillo?
cuidado con otra vez;
y el sobre está en blanco...
LOR. (Notando la equivocacion.)
No es esa, me equivoqué!...
(Como si quisiera quitar la carta á D. Luis, y presentándole la otra.)
Es esta... (¡Bruto de mí!)
LUIS. (Con ademan imperioso.)
¡Las dos las quiero leer!
(Abriendo la del sobre en blanco.)
Es la letra del Vizconde!...
FAB. (¡Este Lorenzo es un pez!)
LOR. (Diré que es para la otra,
y con eso quedo bien.)
LUIS. (Despues de haber pasado la vista atentamente por la carta.)

(¡Una misteriosa cita!
Yo no acabo de entender!
¿Pero esto á quién se dirige?)

FAB. (¿Qué dirá en ese papel?
Don Luis está demudado.)

LOR. (Yo pronto aprieto á correr.)

LUIS. (Á Lorenzo.)
¿Quién ha traido esta carta?

LOR. En verdad que no lo sé...
la ha recibido el portero

LUIS. Corriente... ¿y para quién es?

LOR. Para... doña Josefina.

LUIS. (Indignado.)
(¡Vaya una desfachatez!
¿Y he de permitir que aqui?...
¡Jamás lo consentiré!
Por ser débil con Teresa
sufro una duda cruel...
que salga esa desdichada
y no la vuelva yo á ver!)

LOR. ¿Manda usted algo?

FAB. (Mirando á Lorenzo con ceño.)
(¡Es un pillo!)

LUIS. (Id. con desconfianza.)
(¡Si este no me fuera fiel!...)
Nada, véte; mas no olvides
que si te llego á coger
en un renuncio!...

LOR. (Con falso respeto.) Señor...

LUIS. Me la pagas!

FAB. (¡Duro en él!)
(Váse Lorenzo por el fondo.)

ESCENA XIII.

D. LUIS, FABIAN.

LUIS. ¿Dónde está la señorita
Josefina?

FAB. Está allá dentro,
y aqui la estoy esperando.

LUIS. Prepárate, y en saliendo

la llevas donde te diga,
mas sin perder un momento.

FAB. (¡Siempre ha de quebrar la soga
por lo mas delgado!) Entiendo.

LUIS. Fabian, de aqui en adelante,
vigilarás á Lorenzo.

FAB. (Á este solo le vigilan,
y ya debiera estar preso!)
Pues qué, ¿desconfia usted?

LUIS. Si, desconfio!

FAB. Bien hecho;
piensa mal y acertarás...
asi lo dice el proverbio.

LUIS. ¡Calle! esta segunda carta
parece del ministerio.
(Reparando en la otra, cerrada, que tiene en la mano.)
¿Á ver? (Abre y lee, para sí, con interés.)

FAB. (Y el Vizcondesito
ya hace rato que no ha vuelto:
sigo apostando una oreja
á que él anda en este juego.
Si yo fuera comisario,
ya estaba en el Saladero:
otros con menos motivo!...
¡Mire usted que es mucho cuento!
que cada vez, por Madrid,
andan mas pícaros... sueltos...
y no ha de echarlo de ver
nunca jamás el gobierno!...
Bien dicen, ¡cosas de España!...)

LUIS. (Regocijado.)
¡Gracias á Dios! ya era tiempo.
Buen Fabian; mi pretension
ya ha tenido feliz término,
pues el tratado postal,
segun anuncia el telégrafo,
se ha firmado en el Brasil...
con que el negocio está hecho!...
Retiro mis dos millones,
y otros dos ganar espero.
Amigo, este beneficio
al Vizconde se le debo,

pues si no es por él, quién sabe
cómo se hubiera resuelto
el negocio... es un agente
de actividad y talento!

FAB. (Vea usted por dónde vá
á estar siempre en candelero
ese seductor... ¡Canario!
la fortuna es un portento!)

LUIS. (Por un lado buenas nuevas,
y por otro...)

FAB. (Está suspenso.)
(Reconviniéndole respetuosamente.)
¡Ha dado usté en la mania
de estar triste! (¿Á que lo hecho
todo á rodar y le digo...)

LUIS. (Como tratando de desechar una idea.)
No pensemos mas en esto.
Mucho estimo tu cuidado,
nunca faltan quebraderos
de cabeza. (¡Cuánto tarda
la niña!) Fabian, advierto
que esa jóven se resiste
á mi decidido empeño;
en cuanto salga, os marchais;
yo en tanto vóime allá dentro.

FAB. (¡Saltó el tapon!) ¡Ay, señor!...
¿Sabe usted lo que yo pienso?

LUIS. Habla.

FAB. Que esa criatura...
no es...

LUIS. (¡Mi mujer, silencio!)
(Viendo á Teresa, que aparece en la puerta, y dirigiendo á Fabian una mirada de reconvencion.)

ESCENA XIV.

D. LUIS, FABIAN, TERESA.

FAB. (La señora: yo á un rincon.
(Se retira al fondo.)
¡Jamás tan serios los ví!)

TER. Luis... (Adelantándose, y con ternura.)

LUIS. ¿Qué quieres? (Con gravedad.)
TER. ¿Te ofendí?
LUIS. (¡Me palpita el corazon!)
TER. ¿Es decir, que aun te resistes
á mi mas ardiente ruego?
LUIS. Si, Teresa.
TER. (¡Qué despego!
¡No hay piedad para los tristes!)
¿Mi labio no te convence? (Conmovida.)
LUIS. ¡Nunca!
TER. ¿Mas insistirás?
LUIS. Nunca me persuadirás!
TER. Si; la razon siempre vence!
El que como tú, acaricia
en el corazon guardado
un sentimiento elevado
de caridad y justicia;
el que vive para el bien,
y su vida en él emplea,
y en la virtud se recrea
y del mundo hace un eden;
¿cómo ha de negar la palma
del martirio ante la cruz?
¿Cómo no ha de ver la luz
teniendo ojos en el alma?
Josefina es inocente,
lo aseguro por mi amor:
me lo ha dicho su dolor,
y, Luis, el dolor no miente!
FAB. (¡Bendita sea tu boca!)
LUIS. En vano te esfuerzas mas,
pues no me convencerás:
tu empeño mi ira provoca;
no el capricho me alucina,
ni la pasion me coarta.
TER. Entonces ..
LUIS. Oye esta carta (Sacándola.)
dirigida á Josefina.
(Teresa y Fabian hacen un movimiento de sorpresa y D. Luis lee.)
«Tengo que hacer á usted una grave confian-
»za de la cual pende su reposo. ¿Se negará

»usted á darme hora y sitio para que, sin tes-
»tigos importunos, pueda convencerla de un
»funesto error? No lo espera el consecuen-
»te—VIZCONDE.»
¿Qué dices á esto? (Declamando.)

TER. Digo,
aunque concite tu enojo,
que no es de ella ese sonrojo,
que esa falta es de tu amigo!

LUIS. Él hizo bien... le dió pie...

TER. ¿Ella aventurar? ¡Lo dudo!

LUIS. ¡Teresa!

FAB. (¡Qué testarudo!) (Impaciente.)

LUIS. Hace poco vacilé
entre herir con torpe labio
á esa jóven... y mi ofensa...
mas ya excusa su defensa,
que en ella veo otro agravio.
Confiado al otorgar
un favor á mi mujer,
ya no sé retroceder!

TER. Pero sabes perdonar! (Insistiendo.)

LUIS. ¡Basta! (Con severidad.)

TER. Bien; muda obedece
la que á su esposo respeta!...
Perdóname si indiscreta...

FAB. Ya está aqui.
(Viendo salir á Josefina, la cual se presenta con el modesto vestido, con que apareció en el primer acto, y visiblemente conmovida.)

TER. (¡Cuánto padece!)
(Mirándola compadecida.)

ESCENA XV.

DICHOS, JOSEFINA.

JOSEF. (¡Dios mio, dadme valor,
pues tal desdicha merezco,
mi desventura yo ofrezco
en holocausto á mi amor!)

LUIS. (¡Hay situaciones odiosas! (Cabizbajo.)

¡Yo no sé lo que me pasa!)

TER. (¿Por qué la traje á esta casa?) (Enternecida.)

FAB. (¡No sirvo para estas cosas!) (Balbuciente.)

JOSEF. Teresa...

TER. ¡Adios! (Alterada.)

JOSEF. (¡Quién dijera!)

TER. (Aunque te ausentas de aqui,
vé tranquila, fia en mí.) (Á Josefina.)

JOSEF. (¡Comprendo!) Yo apeteciera (Á D. Luis.)
que rencor no me guardara,
ya que usted me desampara...

LUIS. Yo... (Cortado.)
Fabian... (Indicándole que salgan.)

FAB. (Á Josefina.) Cuando usted quiera.

TER. (De mis galas se despoja,
y hasta el vestido rehusa!...
hace bien.)

JOSEF. (¡Estoy confusa!)
(Viendo que nadie la dirige una palabra de consuelo.)
(¡No sin razon se sonroja!) (Mirando á Teresa.)
(Á Fabian.) Vamos... El destino labra
mi angustia y mi bien esconde.
¡Adios!
(Se dirige á la puerta. Fabian vá á su lado consolándola. Teresa llora, y D. Luis vuelve la vista, mas antes de llegar á aquella, aparece el Vizconde.)
¡Dios mio! ¡El Vizconde! (Con alegría.)
¡Me ha cumplido su palabra!

ESCENA XVI.

DICHOS, el VIZCONDE.

JOSEF. (Al Vizconde.)
¡Ah! si alguna vez ansié
amparo que aqui no alcanza
de mi rectitud la fé,
es hoy... ¡Usté es mi esperanza!
(El Vizconde, titubeando un instante, al fin deja pasar con falsa consideracion á Josefina, dirige una mirada á Teresa y vá á colocarse al lado de Luis.)

VIZC. Señora... (Á Josefina, con voz trémula.)

(Te seguiré.)

JOSEF. (¡Promesas!) (Confundida.)

LUIS. (Al Vizconde. Siguen hablando los dos entre sí.)
¡Muy bien venido!

FAB. (¡Vamos, yo estoy aturdido!)
Salgamos, no mas llorar. (Á Josefina.)

TER. (Avergonzada.)
(¡Desconozco á mi marido!)

FAB. (¡Juntas las has de pagar!)
(Amenazando al Vizconde, sin que lo note.)

JOSEF. (Dirigiéndose al Vizconde desde la puerta, llorando.)
Pues que de noble blasonas
y antiguo llanto renuevo,
mal tus protestas abonas;
pero si tú me abandonas...
¡yo en mi corazon te llevo!
(Váse por el fondo seguida de Fabian.)

ESCENA XVII.

D. LUIS, TERESA, el VIZCONDE.

TER (Á D. Luis, con dulzura y sentimiento.)
¡Ya está tu afan satisfecho!

LUIS. (¡Yo tiemblo!)

VIZC. Obraste con juicio.

TER. (Con entereza.)
¡No, para tal sacrificio
nunca hubo dolo en su pecho!
Él no sabe lo que ha hecho...
(Al Vizconde, exaltada.)
¡Usted sus instintos daña!...

LUIS. (Á Teresa, con enojo.)
Esa intempestiva saña
te hace responsable á tí.

VIZC. (Hipócritamente.)
Luis, ¿puedes dudar de mí?

LUIS. (Con espontaneidad y tendiéndole la mano, cariñosamente.)
No; soy tu amigo.

TER. (Á su marido, con voz persuasiva y enérgica, y señalando al Vizconde, á quien dirige una mirada de profundo desprecio.)

¡Te engaña!

(Teresa se dirige á la puerta de la derecha. D. Luis la oye con incredulidad y el Vizconde con aire de triunfo, quedando ambos satisfechos y estrechados de la mano. Rapidez.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Despacho de D. Luis, lujosamente amueblado. Estantes; sofá; mesa de escribir con papeles, libros de comercio, etc., etc. Un buró ó secreter grande. En uno de los costados, que domine bien el público, habrá una puerta secreta practicable y cubierta con un retrato de cuerpo entero del banquero. En el otro lado un balcon.

ESCENA PRIMERA.

FABIAN, luego D. LUIS.

FAB. (Entrando y recorriendo con la vista la habitacion.)
Tampoco aqui está... ¡canario,
que no he de hallar ocasion!
Ea, Fabian, fuera escrúpulos,
es necesario valor;
tú has ofrecido á la chica
tu auxilio, tu proteccion;
no hay que perder un momento...
prudencia y ojo avizor...
¡Infame!... Vamos con calma...
hoy dejo de ser quien soy,
y de esta casa me marcho...
si, me marcho, si señor,
(Con sentimiento)
como el amo no comprénda

que me sobra la razon.
Aqui le espero; las caras
nos hemos de ver los dos;
mas si viene la señora...
me esconderé en el balcon;
el sitio no es á propósito...
(Señalando al retrato.)
ese pasillo es mejor;
por esta puerta secreta,
que muy rara vez se abrió...
voy á ver si tengo tino
para dar en el boton.
(Reconoce con la mano la puerta del retrato, y la abre al fin.)
¡Ajajá!... si D. Luis viene...
él tan solo, el ama y yo
conocemos el escape...
Este es el sitio mejor;
mas siento pasos, cerremos,
ya está aqui, gracias á Dios.

LUIS. ¿Quién está ahí? ah, ¿eres tú?
(Distraido y taciturno.)
Y bien, ¿qué es lo que ocurrió
al desempeñar, ayer,
tu importante comision?
¿No contestas?

FAB. Al instante
voy á contarlo, señor;
mas si digo la verdad,
y hablo con el corazon,
y usted me riñe ó se enoja!...

LUIS. Vamos, ¿qué fué? dímelo. (Impaciente.)

FAB. ¿Pero me dá usted palabra
de creerme?

LUIS. Te la doy.

FAB. Pues señor, el caso fué,
que en el primer escalon,
lloraba, la pobrecita,
y medio se desmayó;
yo la cogí de una mano,
y la mia me raspó;
y era que tenia un dedo

de tanto coser... ¡atroz!
Asi, dije para mí;
la que cose en un rincon
y el pan saca de la aguja,
es fijo que no pecó:
mi afan era consolarla,
pero toda reflexion
era inútil... no me oia,
y sin decir sí, ni nó
anduvimos una hora,
asi... á la buena de Dios:
¿pero dónde irá esta jóven?
para mí decia yo;
y al fin sin yo preguntarla
dijo... «no sé dónde voy!»
¿Y adónde habia de ir,
si despues me confesó
que tan solo en el Hospicio
esperaba proteccion?

LUIS. ¡Infeliz! Vamos al grano.

FAB. El caso es que al fin habló,
y tantas cosas me dijo,
sin alterarse su voz,
y tal creí la desgracia
de aquella infeliz, señor,
que aunque me hallaba en la calle,
solté mas de un lagrimon,
de esos que solo se escapan
al que comprende el dolor!

LUIS. ¿Te venció?

FAB. ¡No, diga usted
mejor, que me convenció
de que la culpa no es suya,
sino de ese!... se acabó;
sépalo usted de una vez!
¡Pues no ha tenido valor (Exaltado.)
el Vizconde de decirla
que él y el ama... ¡qué bribon!

LUIS. ¡Calla, ó te arranco la lengua, (Arrebatado.)
Infame calumniador!
(¡Mas él no sabe mentir!)
Acaba!... (¡Qué humillacion!)

FAB. Es el caso, que esa jóven... (Temblando.)
la pobre... (¡Voto á briós!
¿Por qué se me habrá escapado?)

LUIS. (Con ansiedad y en actitud amenazante.)
¡Habla pronto y sin temor;
pero como algo me ocultes!...

FAB. (Confuso y como buscando rodeos para expresarse.)
Ella... (¡No sé dónde estoy!)
claro está que no ha querido
atacar al pundonor
de mi señora, pues sabe
que doña Teresa Ardoz
es de lo que no se encuentra
bajo la capa del sol,
y que en punto á su marido
y á cumplir su obligacion!...

LUIS. Fabian! concluye: ¿qué mas?

FAB. (Si le repito... ¡es atroz!)
Señor, no se enfade usted,
si el Vizconde es un traidor...
¿cómo ha de ser?... se le planta,
y se apunta la leccion;
pues el que pierde un amigo
porque podrido salió,
debe de dar á la suerte
mil gracias por el favor.

LUIS. Pero el Vizconde... ¡Dios mio!
¿Será posible?... ¡No, no!
¡Fabian, cuenta cuanto sepas,
confiesa sin dilacion... (Comprimiendo la rabia.)
pues si tardas... no respondo!...

FAB. (Con palabras cortadas y mirando atentamente á don Luis.)
(¡No hay remedio!) Pues señor,
la chica... con indirectas...
al cabo á entender me dió,
porque yo la sonsaqué,
y estuve muy machacon,
que el Vizconde le habia dicho...
mentiras de un seductor,
que á ese tal... mi señorita...
vamos... le tiene aficion...

pero que él la despreciaba;
mas yo no tuve valor
para callarme, y la dije...
y al momento lo creyó,
llorando la pobrecita...
¡que era al revés!... si, señor!
pues ha de saber usted,
amo de mi corazon,
que lo sé de buena tinta...
porque le he cogido yo
mil veces en el garlito,
y sé que es un trapalon,
y que le dá á usted la mano
y con la otra... mas hoy (Con vigor y decision.)
se ha de saber la verdad,
pues yo tengo pundonor,
y soy leal, y!... lo mismo
que la carta que escribió
á la señora, y Lorenzo,
que tiene mas intencion
que un toro... á la otra infeliz
el milagro la colgó!
y... ¡pero no digo mas,
pues siento aqui una opresion!
(Señalando al corazon.)
¡Pero repito que el ama
es una santa, señor,
y la otra... la otra merece
cualquiera satisfaccion!
Yo soy el malo!... el infame!
que lo supo y se calló!
yo quien merece el castigo,
si; pero bien sabe Dios
que si es grande mi pecado,
no fué mala la intencion! (Llorando.)
y ya que todo se sabe,
porque al fin se me escapó,
aqui estoy... máteme usted, (Se arrodilla.)
hágame usté ese favor!

LUIS. (¡Qué es lo que acabo de oir!
¿Con que es cierto mi baldon?
¡Si, mas con sangre se lava

y aun me hierve con furor!)
(Tendiendo los brazos á Fabian.)
¡Levanta, viejo leal!
que vales mas de un millon:
dame un abrazo!

FAB. ¡Amo mio!

LUIS. ¡Ay, tú aguzas mi dolor!
¡Tú me destrozas el alma
con esa revelacion;
pero tú eres de los buenos...
si; has cumplido con honor!
(Tratando de calmarse.)
Pero vamos, ¿sabes mas?
no me engañes.

FAB. No, señor.

LUIS. (¡Pobre niña! La humillé...
mas, ¿merezco una afliccion
semejante? ¿Mi Teresa
perjura? Mil veces no.
Sin embargo... la mujer
es débil por condicion!...)
Josefina me dirá... (Inspirado por una idea.)
si, explorarla es lo mejor.
Mira, véte como un rayo,
háblala... corre...

FAB. (Vá á salir, y vuelve.) En un dos
por tres... Mas, ¿qué la pregunto?

LUIS. Se negará, y con razon;
debe ir á verla en persona
el mismo que la ultrajó;
y si es tal como lo pintas...
volverá aqui.

FAB. ¡Qué alegron!

LUIS. ¡Mas si me alejo... y en tanto
vuelve el vil!...

FAB. Aqui estoy yo!

LUIS. Bien, Fabian, en tí confio;
vóyme al punto, sin temor,
yo te entrego vida y honra! (Con solemnidad.)

FAB. (Noblemente.)
¡Basta... vaya usted con Dios!

LUIS. Pon á Lorenzo en la calle,

sin la menor dilacion.
(Y Teresa... ¿qué la digo?
Si me vendiera!... ¡qué horror!
Antes debo interrogarla.)
Llama á tu ama.

FAB. Pero...

(D. Luis le hace un gesto imperativo.)

Voy.

ESCENA II.

D. LUIS.

¡Qué pasa por mí! no sé:
horribles dudas me ahogan:
¡hace tres dias que vivo
luchando con mi zozobra!
¿Quién creyera que el Vizconde
se cebaria en mi honra?
¡Maldita sea la tierra
donde una flor nunca brota!
Ella... «¡te engaña!» me dijo,
¡y de su acento hice mofa,
sin advertir que aspiraba
de la perfidia la atmósfera!
y hoy vago sin rumbo cierto,
ardiendo en venganza ansiosa,
porque soñé confiado
en mi conciencia de roca,
que, como siempre, dormia
de la virtud á la sombra!...
Pero mis cuitas acaban
donde la justicia asoma:
para que cumplida sea,
brio y corazon me sobran!

ESCENA III.

D. LUIS, TERESA.

TER. Aqui estoy, á tus deseos
sumisa, obediente y pronta.

LUIS. Teresa, palabras callen,
y hablen, por palabras, obras!
TER. ¿Qué tienes, Luis, que tu faz,
airada me mira y torva?
LUIS. Tengo el reposo perdido,
vergüenza que me acongoja,
un torcedor en el alma,
y la esperanza en tu boca!
TER. ¿Tú buscas en mí un alivio
que á tu anhelo corresponda?
¡Tú, que en mi cariño imperas,
que tu dominio es mi gloria,
y guardas mi pensamiento
para que no se corrompa!
¿Tú me pides una frase?
¿Tú mis deberes invocas?
Interroga, dicta, ordena,
lo que el capricho te imponga,
que no hay afanes que valgan
las virtudes que acrisolas;
ni nunca ante la verdad
el honrado se sonroja!
LUIS. Bien; pues entonces contesta:
ayer con vòz imperiosa,
y señalando al Vizconde,
«¡te engaña!» gritaste ronca!...
TER. (Temblando.)
(¡Dios mio!)
LUIS. (Con dureza.) ¿Por qué me engaña?
Vas á decírmelo ahora.
Habla!
TER. (¡Lo sabe!)
LUIS. (Agitado.) No tardes!
TER. (Turbada.)
¡Luis, los impulsos de cólera
comprometen á los labios!...
Cuando una mísera llora,
y es víctima desdichada
de iras que ella no provoca,
si esa infeliz es mi amiga,
mi hermana, mi bienhechora,
¿cómo ver indiferente

los pesares que la agobian,
sin buscar la torpe causa
donde el agravio se emboza?

LUIS. ¿Pero ese hombre?...

TER. (Vacilando.) No le culpo...
porque ignoro si mal obra.

LUIS. ¿Mas si falta á su conciencia?

TER. Sobre sí el ludibrio arroja!

LUIS. ¿Pero si me vende artero?

TER. Con el desprecio lo estorbas.

LUIS. (Furioso.)
¿Y si mi honor escarnece?

TER. (Con dulzura.)
Le olvidas... y le perdonas!

LUIS. ¡Teresa!... (¡Ya la he perdido!)
(Exhalando un suspiro de cólera y sentimiento; se apoya abatido en un sillon, como herido por la sospecha.)

TER. (Llorosa.)
(¡Ay! ¡mi mente se trastorna!
Mas si viva arde en mi pecho
la fé de la casta esposa!
¿qué mal hay en que le salve
de un crímen social en boga?
Brille su honra como el sol,
y el mundo... ¿qué nos importa?)

LUIS. (Volviendo en sí, repentinamente, airado.)
(No perdamos un momento...
es urgente que yo oiga
á Josefina... si, ella
me dirá la verdad toda!
Fabian sabrá dónde está...
quiero verla sin demora.
¡Teresa, si no me vendes
en mi martirio te gozas!
¿Y el malvado?... ¡Dios le asista!
¡su vida ó la mia sobra!)
(Vá á salir apresurado, y le detiene Teresa sobresaltada.)

TER. ¡Luis!... ¿qué intentas? no saldrás!

LUIS. Luis, ya no existe, señora!
(Rechazándola ciego, y saliendo.)

ESCENA IV.

TERESA, LORENZO, luego el VIZCONDE.

TER. (Inmóvil y acongojada.)
Desventurada, ¿qué he hecho?
¡jamás tan duro le ví:
Dios, que en mi alma penetra,
no querrá hacerme infeliz!
Fabian tal vez le habrá dicho!...
todo lo adivino, sí;
ya no hay medio, resistamos
su fiero enojo hasta el fin.
Á trueque de su amargura
saldrá el Vizconde de aqui...
¿qué le costaba ser bueno!
pero... ¿se irán á batir? (Asustada.)
¡esa idea me horroriza!
si yo encontrara un ardid...
todo propósito es recto (Llama á la campanilla.)
ante el peligro de Luis.
Le seguiré con Fabian;
que no nos vean salir.
(Vá á llamar otra vez.)

LOR. ¿Qué manda usté?

TER. Al mayordomo
que venga, al instante, aqui.

LOR. Creo que no se halla en casa.

TER. (¡Dios mio!)

LOR. Acabo de oir
la puerta... se habrá marchado.

TER. (¿Qué he de hacer?)

LOR. (Sigue el *esplin*;
pero ahora entrará el Vizconde
y la sabrá divertir.)

TER. Está bien; déjeme usted.

LOR. (Te vas á acordar de mí!)
(Mira por el balcon, sin abrirle.)

TER. ¿Adónde estará Fabian?

LOR. (Ya la tiene usted ahí; (Al Vizconde.)
no hay cuidado, estoy alerta.)

VIZC. (Toma, dáme, y ay de tí!
si no me avisas con tiempo.)
(El Vizconde dá dinero á Lorenzo, y este le entrega una llave, hablándose á media voz.)
TER. ¡No vuelve, esto no es vivir!
LOR. (Pronto, que viene Fabian!
aqui estaba!)
(Mira repentinamente adentro, desde la puerta, sorprendido, y entra cerrándola con presteza. El Vizconde sale agitado; echa presuroso la llave y la deja puesta.)
VIZC. (Hoy el mastin
no puede morder... ¡que venga!
ahora, á vencer ó morir!)

ESCENA V.

TERESA, el VIZCONDE.

TER. (Con ansiedad, al ver al Vizconde.)
¿Quién es?... ¡Qué veo, el Vizconde!
(¡No se habrán visto, respiro!)
VIZC. (Con fatuidad.)
(¡Hoy se alegra!... ¡no me admiro!)
TER. ¿Dónde está Luis? (Con afan.)
VIZC. (Friamente.) No sé dónde:
pero aleje usté el temor,
porque segun entendí,
se encuentra lejos de aqui.
TER. ¡Cuánto me alegro! (Ingenuamente.)
VIZC. (¡Mejor!)
TER. (Mas hoy á solas con él!...
¡Esta visita me inquieta!...)
VIZC. (Suprimo toda etiqueta
y comienzo mi papel.)
La encuentro á usted mas humana...
TER. ¡Jesus! (Sorprendida.)
VIZC. Y lleno de orgullo!...
TER. ¡Vizconde! (Con dureza.)
VIZC. (Si me aturrullo...
La audacia el camino allana.)
TER. Pensé que usted no insistiera,

pero veo con disgusto...

VIZC. (Osadamente.)
Ponga ó no el semblante adusto,
usted me oirá, aunque no quiera!

TER. ¿En mi flaqueza, usted hoy,
fia el triunfo de su empeño?
¡Qué recurso tan pequeño;
usted no sabe quién soy!

VIZC. Sé que es usted la mujer
mas adorable que existe,
y cuyo iman no resiste
mi frágil y ardiente ser;
sé que cuanto mas atiza,
el desden que la alboroza,
aun mas mi mente se goza
con el bien que idealiza.
Sé que Luis, á quien yo quiero,
aunque á mi pesar le ofenda,
nunca mereció una prenda
que envidiara el mundo entero;
y sé en fin, que si yo invoco,
amor que no se describe,
es porque en mi pecho vive
con afan intenso, loco,
y no sé cómo apagar
el fuego que siento arder,
pues no es fácil contener
el fiero empuje del mar!

TER. Otra al oir ese acento (Dulcemente.)
le creeria á usté infeliz...
La vehemencia es un barniz;
es disfraz del sentimiento!
De ofenderle á usted no trato,
mas el que á treinta años llega
y á sus pasiones se entrega,
es cobarde ó insensato!
asi, no puedo admitir
su alarde de perversion:
usté aun tiene corazon
y se sabrá arrepentir.

VIZC. Teresa, no hay raciocinio,
ni lecciones de moral

para el corazon!...

TER. Si tal;
la razon tiene dominio
sobre la mezquina idea,
que al oprobio nos conduce!

VIZC. (¡Por mas que el ingenio aguce,
esta mujer me marea!
Al grano, que el tiempo pasa.)

TER. (¡Ya su falta le remuerde!) (Con esperanza.)

VIZC. (La tenacidad te pierde!)
Pon á tus rigores tasa...
Teresa, ¿no ves que das
(Aparentando sentimiento.)
con tus desdenes aliento
al ansia que experimento?
Tú serás mia!

TRE. (Con brio.) ¡Jamás!
¡Pobre hombre! cuya entereza
cree rendir á su albedrio,
todo el vasto poderio
de una humana fortaleza.
¿Juzga usted que la mujer,
por ser debil, se intimida
hasta encenagar su vida
cuando honrada juró ser?
¡Mentira! y por si vencerme
piensa, vano y delirante...
escuche atento, un instante,
y aprenderá á conocerme!
(El Vizconde hace un vago movimiento para excusar, á Teresa, que hable; mas ella se impone persuasivamente.)
En un bosque de Vizcaya,
que el Nervion hundoso aniega,
sin mas casa solariega
que la sombra de una haya;
y donde el arrullo tierno
de la paloma resuena,
bajo la bóveda amena
de aquel jardin, vasto, eterno,
la paz que el cielo otorgó
á los tristes, descendia

sobre la anciana Maria
y su hija, que era yo;
y ella, de virtudes llena,
y que en mí se recreaba,
constantemente exclamaba,
ante otra madre, aun mas buena!
«Aparta su pura sien
de la terrenal ponzoña;
santa Vírgen de Begoña,
¡que sea mujer de bien!»
Llegó un dia de dolor,
en que en el haya silvestre
gemia un ave campestre,
ejemplo de mi valor:
yo la voy á consolar,
y veo cuál mi paloma, (Animándose.)
á un fiero enemigo doma
que la queria arrastrar!
Sanguinoso halcon la heria,
y ella... le despedazaba!...
¡cada graznido que él daba,
era una sonrisa mia!
En tanto, su veleidad
quiso emplear con Teresa
un noble, haciéndola presa
de innoble fragilidad:
y Teresa, á quien desgarra
duelo amargo, aunque prolijo,
tema, al seductor le dijo,
de la paloma la garra;
pues para vengar potente
de la perfidia el ultraje,
no hay empeño que le ataje
ni temor que la amedrente!
Mas el osado comienza,
y al punto acabó el osado,
y por su honor desgarrado
(Señalando inadvertidamente al Vizconde.)
le asomaba la vergüenza!

VIZC. ¡Basta! (Muy agitado.)

TER. (Con júbilo.) (¡Su pecho está opreso!)

VIZC. Ese cuento me exaspera!

TER. Usted me oirá, aunque no quiera, (Severa.)
que aqui solo vino á eso!
Desde aquel suceso aciago
mi alma gozó de reposo,
bajo la fé de mi esposo
para él vivo, y no le pago.
Mas ya que usted, impelido,
sin sentirlo, estoy segura,
por esa moral impura
que hasta el aire ha corrompido,
marchita su juventud
y le abre á Luis honda herida
con ese dardo homicida
qué se llama ingratitud,
viniendo á ponerme en guerra
con la virtud, en quien creo!...
sepa que para ese empleo
no me sostiene la tierra;
que aunque soy frágil mujer,
de niña aprendí á luchar,
y en fin, que no puedo amar
nada mas que mi deber!

VIZC. (Con despecho.)
¿Con que mi esperanza hoy muere?

TER. ¿Quién la alentó?

VIZC. ¿Y mi pasion?

TER. ¡La reclama un corazon
á quien la falacia hiere!
Ella, que por un infiel,
apura en sus verdes años
el pan de los desengaños
y el agua de amarga hiel;
ella, que en usted aun sueña,
ella, que en usted adora,
y dias y noches llora
para ablandar una peña!
(Con vigor y exaltacion creciente.)
¡Y tal dominio se ejerce!...
¿La ciencia que hoy civiliza
á la mujer tiraniza!...
¡eso es que el mundo se tuerce!
Es que del hogar los lazos

el siglo vá destruyendo,
y gozan los hombres viendo
la sociedad en pedazos!
mas llorarán males fijos,
cuando no hallen virtuosas
amadas, hijas, ni esposas,
ni madres para sus hijos!
Renuncie sin vacilar (Con dulzura.)
á sus pasados errores,
para que en campo de flores
no haya zarzas que segar,
y haré que renazca yo
nuestra amistad, casi muerta...
ahora espero abra esa puerta, (Grave.)
que nunca cerrar debió!

VIZC. (Confuso.)
(¡Singular influjo alcanza
esta mujer sobre mí!
¿Pero he de rendirme asi?
¿y mi amor propio? ¡Venganza!)
¡Ni abro, ni oigo, ni me ablando!

TER. Pues yo voy á abrir!

VIZC. (Interponiéndose.) ¡Tampoco!
¡Soy un temerario, un loco,
que hoy vá á gozar .. disfamando!

TER. ¡Tal villania! ¿y si aviso?...

VIZC. No, yo impedirlo sabré.
(Agitado, y haciendo un movimiento que Teresa interpreta en otro sentido, dirigiéndose esta, al retrato de D. Luis como pidiéndole amparo.)

TER. Antes que se acerque usté,
de esta sombra en quien diviso
una sonrisa á mi aliento,
me dará la indignacion (Con energia.)
para ese rostro un borron,
si no es bastante mi acento!

VIZC. ¡Ea! en un lance atrevido
yo no sé arredrarme!. .

TER. ¡Atrás!
(Desatentado y en ademan de acercarse á Teresa. Esta se acoge al retrato en actitud amenazante y dramática.)
¡Luis!... (Suplicante.)

VIZC. ¡Qué es esto!

(Aterrado al ver que viene hácia sí el cuadro repentinamente, y como demandando perdon por un movimiento involuntario: Teresa con voz de triunfo.)

TER. ¡Satanás!
¡huye, que ya estás vencido!

(Teresa se oculta en una habitacion inmediata al cuadro. El Vizconde queda enfrente de la puerta del retrato, completamente humillado y sin saberse dar cuenta de lo que le pasa.)

ESCENA VI.

EL VIZCONDE, FABIAN.

(Abierta la puerta secreta aparece en ella Fabian, con ademan terrible y airado: su voz hace estremecer al Vizconde, el cual sale de su estupor al verle. Tanto esta situacion como la anterior deben verificarse rápidamente.)

FAB. ¡Libertino!

VIZC. (Avergonzado é iracundo.)
¡Era Fabian!

FAB. ¿Creyó usted que no entraria
porque esa llave tenia?...
¡donde las toman las dan!

VIZC. (¡Qué vergüenza! ¡ardo en coraje!)

FAB. ¡Famoso! ¿Todo un Vizconde,
en esta sala se esconde
para oscurecer su ultraje?

VIZC. Sal, viejo, al instante, sal!
¡véte ó sin lengua te dejo!

FAB. Tambien usted será viejo...
si es que antes no acaba mal!
pues no es fácil conseguir
hacer una y hacer dos!...
nada; ¡el castigo de Dios
á la cara ha de salir!
Por eso descolorido
está usted en mi presencia!

VIZC. ¡Miserable!

(Vá á levantarle la mano y se detiene.)

FAB. Haya prudencia,
porque yo no me intimido.
Buen valor se necesita
para ir quitando la fama,
á mi amo y á mi ama,
y á esa pobre señorita.
Habiendo... ¡voto á mi nombre!
criados tan inmorales!...
¡mas tambien los hay leales!...

VIZC. (Ocultando la mano derecha en el bolsillo, donde lleva una pistola pequeña.)
(¡Voy á matar á este hombre!)

FAB. Vendrá el amo, y esta vez!...
(Movimiento de terror en el Vizconde.)
Ya está aturdido... ¿qué tal?
¡Asi tiembla el criminal
cuando le anuncian al juez!
¡Y á mi ama unas palabras!...
lo sabrá; no, que se juega!...
(El Vizconde hace una indicacion de salir, mientras Fabian escucha.)
No te escapas; ¡si ya llega!...

LUIS. Fabian. (Dentro, alto.)

FAB. ¡Ahí está!
(Se vá á dirigir, regocijado, á abrirle.)

VIZC. (Saca la pistola, instantáneamente, la amartilla y le apunta á Fabian.)
¡No abras!

LUIS. (Dentro, con impaciencia.)
Abre, Fabian!

FAB. (Bajo, tartamudeando y sin apartar, sobrecogido, la vista de la pistola.)
¡No abriré!

VIZC. (Á media voz y sin dejar de apuntarle, decidido.)
Abre, me escondo y te apunto;
mas como chistes... al punto
la vida te arrancaré!
(Le señala la habitacion en que vá á hacerlo, que será la que mas domine la escena.)

FAB. (¡Debo tener calentura!)

VIZC. ¡Te mato si te deslizas!...

LUIS. ¡Esta puerta!...

(Forcejeando por abrirla, impaciente y alzando mas la voz.)

FAB. (¡Me hace trizas!)

VIZC. (¡Me remuerde esta aventura!)

(Fabian vá á abrir receloso, y el Vizconde se oculta demudado.)

ESCENA VII.

FABIAN, el VIZCONDE, oculto, D. LUIS. Fabian abre la puerta atolondrado, mostrando en su inquietud el miedo de que el Vizconde le dispare, y al mismo tiempo el deseo de enterar á Don Luis.

LUIS. ¿Qué pasa aqui? ¿Qué sucede?

FAB. Nada de particular... (Violento.)
Me quedé un poco traspuesto...

LUIS. ¡Tú estás inquieto, Fabian!

FAB. ¡Qué aprension!... Si hay en la casa
la mayor tranquilidad!
(Tratando de ocultar su turbacion.)

LUIS. ¿Quién ha cerrado esta puerta?
(¡Si él tambien me engañará!...)

FAB. Yo tenia... pesadez... (Alterado.)
y dije, bueno es echar
esa llave, y no me estorban...
me senté en ese sofá,
y á poco estaba soñando...
¡qué sé yo qué atrocidad!...
¡El caso es que tengo un susto!...
pero él se me pasará!...
(¡Ay Santo Cristo del Pardo,
que no me pregunte mas!)

(D. Luis, receloso y preocupado, se coloca enfrente á la mesa de escribir y de espaldas al sitio en que se halla el Vizconde. Fabian observa, en toda la escena, sus movimientos para no estar cerca de él.)

LUIS. (¡Cuánto ese infame me cuesta!
¡Pronto me las vá á pagar;
no, ya no me queda duda
de su proceder falaz!)

Siéntate pronto, y escribe. (Á Fabian.)

FAB. ¡Escribir! (Muy alterado.)

LUIS. Con brevedad.

FAB. (Si yo pudiera indicarle!...
(Meditabundo; y mirando furtivamente al sitio en que está el Vizconde, y disponiéndose á escribir.)
¿Se habrá ocultado? ¡Ahí está!
¿Mas cómo escribo yo ahora?
¡Virgen santa del Pilar,
sácame del compromiso!)

LUIS. Señor don José... Magan... (Dictando.)

FAB. (Escribiendo muy despacio y con visible inquietud.)
Señor don... (¡Vamos, no puedo!
yo voy á decirle!... ¡Ah!)
(Con resolucion, y despues inspirado por una idea halagüeña, escribe muy deprisa sin atender á lo que D. Luis le dicta.)

LUIS. «Querido Pepe... Te ruego que con la bre-
»vedad posible, vengas á esta tu casa, don-
»de, para un lance de honra, tu amistad me
»es muy necesaria; perdona que no vaya en
»persona á buscarte, y dispon como siempre
»de tu afectísimo amigo...»
¡Otra traicion la olvidara,
mas para esta no hay piedad!
Vizconde, mañana mismo,
tus delitos pagarás!...
porque de las dos pistolas
que en busca de un golpe van,
la mia es de redimir!...
la tuya de asesinar!
¿Está listo?

FAB. Si, señor. (Con satisfaccion.)

LUIS. (Dirigiéndose á la mesa.)
Firmo, pues, y llevarás
tú mismo, al punto, esta carta...

FAB. (Descompuesto, haciéndole señas con ansiedad, para que lea, y huyendo de su lado, mientras amenaza medroso al Vizconde, á media voz.)
(¡Caiste en la red, truhan!
¡Ya te ha llegado tu hora!...
¡Ya me las vas á pagar!...)

LUIS. (Fijándose en el papel, y en un acceso de júbilo y rabia.)
¡Qué miro!

FAB. (¡Calma, por Dios!)

(Muy bajo y atemorizado. D. Luis con expresion feroz y apagado acento, lee, lo que ha escrito Fabian, rápidamente.)

LUIS. «El Vizconde está escondido en el cuarto de »la caja, y me apunta con una pistola, para »evitar que le diga á usted que le he encon- »trado solicitando á la señora... ella se ha »resistido... yo, no puedo mas!... ¡Señor, »prudencia!»

(Dan las tres en un reloj dentro. Declamando muy bajo.)

¡Sonó la hora fatal!...
¡Señor, tu justicia veo;
hágase tu voluntad!...

(Fabian manifiesta, por señas, su temor á D. Luis, y este procura tranquilizarle con sus ademanes, cerrando y entregándole la carta.)

Todo está... déjame solo: (Alto.)
urge á este amigo avisar.

FAB. (Bajo, angustiado y haciendo señas negativas.)
(¡No me voy, señor don Luis!)

LUIS. Vete... (¡Es mucha lealtad!)

FAB. (Es que!...)

LUIS. (¡Vamos!...) (Exaltado é impaciente.)

FAB. (Bajo, y temeroso.) (¡Por la Virgen!...)

LUIS. (¡Vamos, que se vá á escapar!)

(Fabian sale asustado y mirando de reojo al cuarto donde está el Vizconde. D. Luis espera, con aparente calma, á que lo verifique; y en cuanto el Mayordomo ha traspasado la puerta, se dirige al buró y de un cajon secreto saca una pistola, la examina, y satisfecho de que está corriente, la amartilla. Todo esto ha de verificarse con la brevedad posible.)

ESCENA VIII.

D. LUIS, el VIZCONDE.

LUIS. Contra un puñal que me amaga,

y á mi ventura se opone,
justo es que me satisfaga...
traicion con traicion se paga!...
ánimo, y Dios me perdone!
(Poniéndose en acecho en direccion á la puerta del cuarto en que se halla el Vizconde; ocultando la pistola y riéndose sarcásticamente hasta que aquel se presenta.)
Vizconde... ¿de broma estás?...
no te ocultes... si te he visto...
chancero... no fijas mas...
¿no quieres salir? ¡no insisto!
mas, te aguardo... ¡y ya verás!

VIZC. (Saliendo, sin pistola y esforzándose por reir.)
¡Luisillo!... ¿Estabas aqui?...

LUIS. Si, aqui me tienes, ¡ladron!
no disfraces tu traicion;
ármate, ¡y pobre de tí
si te falta corazon!
(Luis ciego de furor y apuntando. El Vizconde agitado, despues de haber hecho un movimiento como de sacar la pistola, de lo cual se arrepiente.)

VIZC. ¡Cálmate, Luis, que no amengua,
tu fama, impotente mengua!...

LUIS. ¿Razon le pides á un alma,
de quien turbaste la calma?
¡Calle esa villana lengua!
Yo que esperaba sediento (Con mucho brio.)
mi venganza en tí saciar,
no te tolero un acento!...
¡arrepiéntete al momento
porque te voy á matar!

ESCENA IX.

LUIS, VIZCONDE, JOSEFINA, FABIAN.

JOSEF. (Entrando veloz por el fondo, é interponiendo su pecho entre el arma de D. Luis y el Vizconde.)
¡No, piedad! ¡Antes á mí!...

VIZC. ¡Josefina!
(Con voz de arrepentimiento profundo. D. Luis apar-

tando de sí el arma y mirando agradecido á Jofina.)

LUIS. ¡Qué grandeza!

FAB. (¡Tonta!)

LUIS. (Á Josefina.) Que salga de aquí!

VIZC. (¡Oh, cuán tarde conocí (Avergonzado.)
lo que cuesta una vileza!)

FAB. Él la dió ayer un sofion...
y ella hoy! .. vaya una accion!...
¡Si se descuida le mata!

JOSEF. (¡Le salvé!) (Regocijada.)

LUIS. (Por Josefina.) (¡Qué corazon!)
Salga usted... (Al Vizconde.)

FAB. (Por Josefina.) (¡Vale mas plata!...)

VIZC. (Con amargura y verdad.)
Si, me voy; pero primero
confuso publicaré,
que obré liviano y artero,
y que empañar intenté
la fama de un caballero!
¡Ah... que en barro deleznable
pronto se mancha el armiño!
mas no rompe el miserable,
un juramento innmutable,
si le mantiene el cariño:
y en la dura fortaleza
que osado quise escalar,
tiene un lampo la pureza,
una roca la nobleza,
y la virtud, un altar!
Jamás te cause dolor,
Luis, el recelo sombrio;
ella es digna de tu amor...
te lo juro... por su honor!...
que está mas limpio que el mio!

LUIS. (Conmovido y mirando al Vizconde.)
(¡Teresa! ¡Pobre infeliz!)

FAB. (¡Este es un hombre!... ¡ajajá!)

VIZC. Venga Teresa y verá
cuál la humillo la cerviz.

FAB. ¡Bravo! ¿La llamo?
(Sin poder contener su alegria. Josefina, viendo á Teresa, que aparece en la puerta del cuarto donde se es-

condió.)

JOSEF. ¡Aqui está!

ESCENA ÚLTIMA.

D. LUIS, el VIZCONDE, JOSEFINA, FABIAN, TERESA.

VIZC. (Al ver á Teresa se dirige á pedirla perdon, y ella le señala á D. Luis.)
Si olvido y perdon alcanza!...

TER. Acuda usté á mi marido!

VIZC. (Por Josefina.)
No, el corazon mas herido
late allí!...

VIZC. (Acude presuroso y humilde á echarse á los pies de Josefina, y ella lo evita.)
¡Usté es mi esperanza!

JOSEF. (Con llanto de júbilo.)
¡Si, yo perdono! yo olvido!
pues descubro en ese acento,
que despierta un corazon
á la luz de la razon;
y es el arrepentimiento
aun mas grande que el perdon!

TER. (Acariciando tiernamente á Josefina.)
Ven á mí, niña sencilla,
para que sellen mis labios
esa frente sin mancilla!
¡mientras dure tu semilla
no habrá cosecha de agravios!
Que si en madre del hogar
te llegasen á erigir,
santa, podrás enseñar;
paloma pura, á sentir!
mujer honrada, á luchar!

LUIS. (Al Vizconde, señalando á Josefina.)
Ante esa alma enaltecida,
para guiarte nacida,
tus potencias rinde esclavas;
pues mientras tú la matabas
ella te vuelve la vida!

VIZC. (Á Josefina con sentimiento.)

Si, por tí brilla serena
de mi ventura la aurora,
inmaculada azucena;
ánfora de aromas llena,
faro de luz salvadora!
¡Ah! la cadena de engaños,
que te labré inmerecida
no se soporta seis años!...
para tantos desengaños
no basta con una vida!
¡Contrito, al fin me doblego
ante tu justicia airada;
tus pies con mi llanto riego,
si, Josefina; te entrego
mi vida purificada!
Eterna prenda será
que mi ser una á tu ser
de este mundo aun mas allá!...

JOSEF. (Con entusiasmo.)
Yo la acepto!

LUIS. (Interponiéndose.) Bien está;
ella será tu mujer:
pero antes de que poseas
tu mal preciado tesoro,
y que reflejarse veas
la santa paz que deseas
en su corazon de oro;
á la lumbre del hogar,
de la familia áureo templo,
llega sensible á gozar
para poder encontrar
á tu porvenir ejemplo!
y cuando impere en tu fé
el bien de que vas en pos,
ven, y á este ángel te daré!...

VIZC. ¡Yo merecerle sabré!...
(Despidiéndose y demandando perdon.)
¡Luis!... ¡Teresa!...

TER. } (Conmovidos.) ¡Adios! ..
LUIS. }

VIZC. } ¡Adios!
JOSEF. }

(Con fuego, y lanzándose mútuamente una mirada dulce y penetrante. Josefina, al salir el Vizconde, se apoya, atacada de un ligerísimo desmayo, en Teresa, la cual la recibe en los brazos y la acaricia: Fabian, que desde un momento antes se enjugaba las lágrimas, acude á consolar á Josefina, y D. Luis mira á su esposa con ternura y agradecimiento profundo, y la besa respetuosamente la mano. Telon pausado.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 4 de Noviembre de 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

POLIZA N. 10.030